

LOS PRINCIPES FABULOSOS DE INDIA

¡INDIA!...

¡El país de las maravillas con sus elefantes cargados de piedras preciosas, sus palacios de oro y marfil y sus bayaderas bronceadas que parecen volar cuando caminan!...

¡INDIA!...

¡Reinos como los de las Mil y una Noches, príncipes rodeados de guerreros, tigres domesticados y templos cuyas cúpulas irradian los reflejos de las joyas incrustadas en ellas!...



Por el capitán inglés James Bradford

Free News Agency

Dibujo de Arteché

No tiene la imaginación occidental otro límite a su fantasía que denominarla «oriental». Lo oriental implica para nosotros el máximo de la fantasía, debido ello a la idea que tenemos formada de los ambientes exóticos del Asia, donde mil reinos, más de maravillas que de la tangible realidad de las cosas diarias, proclaman la existencia de un supermundo plagado de acontecimientos, figuras y cosas tan extraordinarias en comparación a nuestra vida, que debemos acordarle una denominación especialísima.

Es India, sin duda alguna, el país donde esa vida de misterio y fastuosidad prosigue todavía, a pesar de las exigencias de la vida moderna. Y aunque—como bien lo hace notar el autor de la presente crónica—los príncipes pasean en magníficos automóviles, también poseen sus ejércitos de elefantes engalanados con riquísimos tapices.

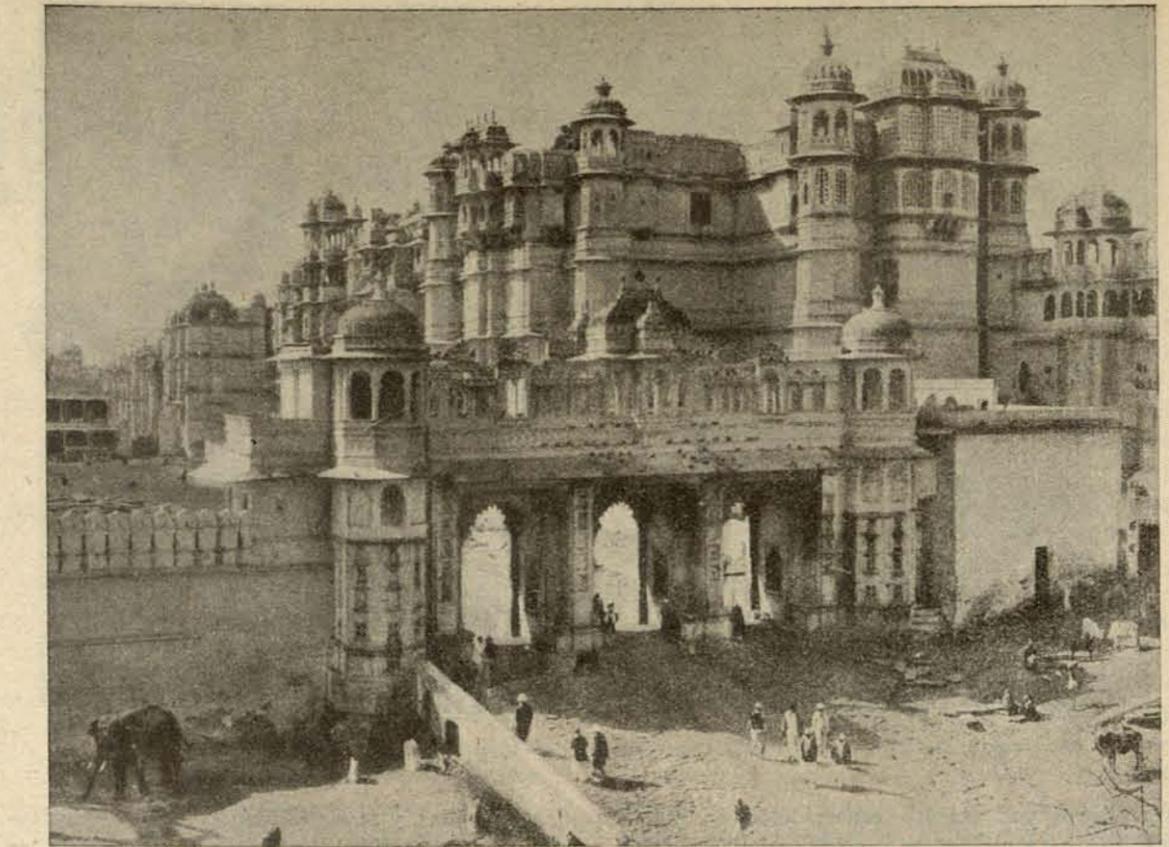
Consideramos de indudable interés esta crónica del capitán del ejército colonial inglés James Bradford, enviada por la «Free News Agency» de Nueva York, entre los reportajes cuyos derechos de publicación hemos adquirido en exclusividad para España; especialmente su publicación tiene un doble interés en estos días en que en una sala de Madrid se exhibe una gran película, «Tres lanceros bengalíes», donde la cámara refleja pormenores similares a los que aquí cuenta el capitán Bradford.



A India sigue siendo un país de misterio. En vano los diarios de Londres se obstinan en decir que una corriente de modernismo invade al inmenso país; allí las cosas siguen ocurriendo como hace miles de años, y en los poderosos reinos y principados del interior ocurren cosas notables, que cuesta creer que puedan acontecer en nuestra época.

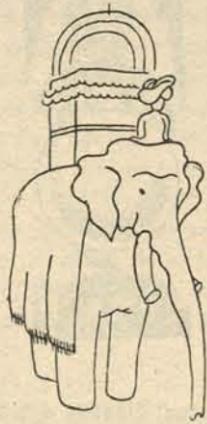
No hay nada en el mundo comparable a la realeza de India. Tenemos allí «rajás», «marajás» y «marajadirajas»; hay también «gaekwars», «nizam» y «begums»; y luego, los «khans», «nababs» y «thakursahibs», todos ellos potentados fastuosos, de los cuales más de cien son saludados con salvas de artillería de 21 a 11 cañonazos, como si fueran jefes de Estado. Luego, hay varios centenares de príncipes y señores feudales, que, sin alcanzar la importancia de los anteriores, gobiernan sus propiedades y tienen establecidos diminutos reinos. Toda esta aristocracia vive en el mayor de los lujos, vida de maravillas propia de la Bagdad de Haroun-al-Rashid, que cuenta las leyendas de «Las mil y una noches».

Una idea de su poderío lo dará el hecho de que en su persona resumen tres actividades distintas y encarnan tres figuras opuestas. Cada príncipe es a



En plena jungla se elevan a veces palacios milimanochescos, como el que aparece en este grabado.

la vez un ser ejecutivo que administra el Poder; es un monarca que llena su existencia de lujo y pompa; y tercero, es un señor millonario, que puede gastar en diversiones las sumas más fantásticas. Su Gobierno, aunque cuenta con ministros o consejeros (algunas veces, súbditos británicos con el



consentimiento del virrey inglés), todas las facultades de gobernar están supeditadas al capricho de los príncipes.

No hay fiestas, en ninguna corte de Europa, comparables a las ceremonias de un reino indio. No es posible tener una idea de la ostentación de joyas, tapices, vajillas de plata y oro, adornos de marfil, muebles de las más caras maderas, brocados en oro con incrustaciones de piedras preciosas. Los desfiles de elefantes tienen una suntuosidad que

pasma. Aparecen los animales con grandes brocados que cubren su lomo, todos ellos bordados en oro y plata. Cuelgan cadenas de plata con grandes discos de bronce y cobre a través de los cuellos de los paquidermos. Tapices, superpuestos, de la más costosa y despampanante elaboración, dejan caer sus flecos de seda en cien colores distintos. Sobre el lomo se balancea, al paso inseguro de la bestia, una caseta dorada y plateada, adornada igualmente en forma fastuosa. El «cornak» que se encuentra como clavado en la cabeza del elefante va vestido con ropajes de extraordinaria vistosidad y coste.

Los guerreros de la Guardia real vienen luego con sus lanzas, de cuyas puntas penden gallardetes y banderines, todos en un color diverso y con asombrosos bordados en hilo de oro y plata. El acompañamiento de pajes, segundones, juglares y fieras, como ser tigres de Bengala, parece una de aquellas comitivas de «Las mil y una noches».

No es menor el boato de los palacios, la mayoría de las veces construcciones fantásticas, que a su esplendor unen el encanto de sus líneas; cúpulas resplandecientes, las más de las veces con joyas incrustadas en ellas, que despiden extraños reflejos; también lucen grandes pináculos, como pararrayos, que en algunos casos son de oro macizo. Los amplios ventanales con rejas cierran el paso a los intrusos.

Pues estos fabulosos príncipes indios, que han estudiado en las Universidades de Oxford y Cambridge, que juegan al polo o al «cricket» con los oficiales y nobles ingleses, que usan frac y alternan con la más alta sociedad europea, cuando llegan a sus dominios se convierten en seres misteriosos, ocultándose de sus paisanos, y más aún de los extranjeros, encerrados entre sus cuerpos de bayaderas y sus mujeres de ojos de azabache. Nadie puede entrar en sus palacios. Los visitantes sólo pueden llegar hasta determinados salones, y ni los más íntimos amigos de estos príncipes están autorizados para ver de cerca la vida íntima de palacio, de los salones donde se cuenta que bayaderas bronceadas, que muestran brazaletes de oro y plata, se deslizan, rápidas como gacelas, sobre mullidos tapices de Persia.

Pero al lado de estos secretos propios del Oriente, los príncipes se muestran al exterior paseando en los mejores Rolls-Royces del mundo; coches especialmente carrosados para ellos, con guarniciones de marfil y plata. No hay príncipe indio que se aprecie que no cuente con media docena de estos automóviles de superlujo, así como antes se mostraban orgullosos de sus cuadras de caballos ligeros como el aire o de sus batallones de elefantes.

Los hay hasta que tienen aeroplanos para su uso personal; pero estos lujos trata de reducirlos al mínimo el Gobierno inglés, que sólo desea que sean alas inglesas las que vuelen sobre el cielo de la India.

Las cacerías que organizan estos príncipes se



El séquito de los rajahs es siempre de una fastuosidad que contrasta con la misérrima vida que llevan los nativos.



Un grupo de encantadores de serpientes, que al son de su música dulzona aplacan la furia del áspid.

caracterizan por ser los espectáculos de mayor atracción para los nobles y oficiales ingleses. Hay personas de la más alta aristocracia inglesa que se desviven por ser invitados a una de estas extraordinarias fiestas, donde los príncipes hacen gala de todo su poderío.

A continuación quiero relatar una leyenda que corre sobre el misterioso tesoro del "Nizam" de Hyderabad, y que anteriormente he hecho conocer en la Prensa internacional, conjuntamente con otras anécdotas de las vidas de estos seres extraordinarios que gobiernan la India bajo la mirada vigilante del virrey de New Delhi.

El Nizam de Hyderabad es, según se dice, el hombre más rico del mundo. Posee un tesoro de diamantes, de perlas y de otras piedras preciosas, que está evaluado en 1.000 millones de libras (algo así como 33.000 millones de pesetas). Tiene, además, grandes propiedades rurales.

Las dos hijas del Nizam se casaron recientemente con dos príncipes, hijos los dos de Nabab Bahaddur, tío del Nizam.

Ocurrió a estos príncipes una historia extraordinaria, que recuerda la aventura de Aladino, el de la lámpara maravillosa, tal como nos es contada en "Las mil y una noches".

Los dos jóvenes príncipes acababan de regresar a su patria, después de una larga permanencia en Europa, para hundirse de pronto, después de sus estudios occidentales, en las antiguas costumbres que están siempre en vigor en el Oriente.

Los nombres de las dos princesas no son conocidos del mundo exterior. Únicamente los parientes próximos tienen el derecho de conocer los nombres de las hijas del Nizam, y ninguna fotografía debe llegar hasta ellas. La familia del Nizam de Hyderabad tiene ideas estrictamente conservadoras.

La ceremonia del matrimonio se desarrolló con una fastuosidad que el espíritu occidental no es capaz de concebir. Las dos novias fueron previa-

mente pesadas, y se distribuyó a los pobres de Hyderabad una cantidad de oro igual al peso de las princesas.

Luego, ellas descendieron, en compañía de sus esposos, a los sótanos en donde están guardadas las joyas de los Nizams de Hyderabad. Solamente el gran sacerdote de Hyderabad y tres de sus servidores conocen el exacto emplazamiento de este sótano. Ocurre así desde el siglo XVIII, cuando el



fundador de la actual dinastía decidió esconder, con ayuda de los sacerdotes, los inmensos tesoros que había cogido a sus enemigos. Sus descendientes no hicieron más que acrecentar esas riquezas. Ni siquiera el Nizam actual conoce el camino del sótano, en el cual estuvo, sin embargo, tres veces. Se cuenta que cualquiera persona que intente llegar hasta el tesoro peca de muerte violenta.

El sótano se encuentra en las montañas, y sólo se puede llegar hasta él por un templo antiguo.

Las dos jóvenes parejas principescas pasaron primero todo un día en ceremonias de purificación. Debieron bañarse en el agua sagrada del Ganges, pues el Nizam, aunque musulmán, estima justo respetar la religión de sus súbditos hindúes. A la hora del alba, y después de haber asistido a los cantos de los sacerdotes, los jóvenes fueron conducidos hasta un santuario secreto, en donde se les vendaron los ojos y fueron despedidos. Las princesas de la familia del Nizam pueden entrar en los templos musulmanes, contrariamente a las demás mujeres.

Enseguida, los sacerdotes abrieron una puerta secreta y guiaron a los príncipes y princesas, que descendieron muchos escalones durante un buen rato.

Vino luego la primera prueba. El gran sacerdote golpeó una puerta de hierro, que se abrió. Unos tigres gruñeron al advertir a los visitantes; pero sus domadores los calmaron. Desdichado del audaz que intentara penetrar allí como ladrón. Una segunda puerta se abrió, y los visitantes sintieron el olor de las serpientes venenosas. Los encantadores de serpientes retuvieron a sus animales. Pero cualquier visitante inesperado que hubiese escapado por mi'agro a los tigres perecería ante el veneno de los reptiles.

Luego hubo una tercera cámara, con aire lleno de emanaciones sutiles y poderosas de "hachisch" y otras drogas. Los sacerdotes, habituados a este olor, sostuvieron a los huéspedes, tambaleantes.

Pasaron todavía por una puerta de hierro y se encontraron en un jardín. Allí se quedaron los tres sacerdotes, en tanto que el gran sacerdote sólo condujo a las dos parejas principescas hacia la entrada del sótano, que nadie más que él conoce; este secreto, el gran sacerdote lo murmura al oído de su sucesor cuando se siente morir.

Por fin, los príncipes y sus mujeres se encontraron de'ante del tesoro. La tradición quiere que ellos se lleven tantas alhajas como puedan abarcar sus manos. Pero ellos no cogieron más que unos pocos objetos preciosos; los novios sólo se quedaron cada uno con un anillo con un maravilloso brillante, y las princesas escogieron: una, un collar de brillantes, y la otra, uno de esmeraldas. Es evidente que, después de tantas sensaciones, sus fuerzas estaban agotadas y no pudieron llevar más.

Cuando mueran, tendrán que devolver esas alhajas; pero en caso de necesidad, pueden obtener otros dones provenientes del tesoro del Nizam.

Las fiestas del matrimonio fueron magníficas. Los invitados llegaron en trenes especiales, encargados por el Nizam. Una orquesta militar británica y 1.000 músicos indígenas ejecutaron diversas piezas.

En esta ocasión se inauguró una nueva fábrica de electricidad, y el palacio del Nizam fué alumbrado con millares de focos de todos los colores.

El Nizam de Hyderabad está emparentado con Abdul Medjid, antiguo califa de Turquía. En efecto, el hijo mayor del Nizam está casado con la hija de Abdul Medjid, y su segundo hijo se casó con la sobrina del califa destronado.

Es creencia general que el Nizam piensa en proclamarse califa, en lugar de los califas turcos desposeídos. Esta ambición no desagrade a los británicos, que querían que el jefe espiritual de todos los musulmanes fuera uno de los príncipes sometidos a su dominación.

Los regalos hechos por el Nizam a sus hijos e hijas, lo mismo que a sus mujeres y maridos, están evaluados en más de un millón de libras (unos 37 millones de pesetas).

FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884



GRAN RESTAURANT LA PALMA

Esmerado servicio de
RESTAURANT,
hasta la madrugada.

Calle del POZO, 6
Teléfono 17885

DEPORTES

POR HEFECE

Después de un día de lluvia, que dejó el terreno del Parral en inmejorables condiciones para el juego, luce un magnífico sol el domingo por la mañana, que ayuda a que se congregue numeroso público a presenciar este interesante encuentro, primero del Campeonato de España Universitario, magnífica organización y laudable esfuerzo de la U. F. E. H. que, en colaboración con la Federación Nacional, proporciona a los aficionados madrileños y al rugby español dos jornadas de verdadero interés y enseñanza.

Médicos madrileños y valencianos jugaron un reñido encuentro; unos y otros, animados por sus respectivas «claque», pusieron en el juego toda su voluntad, todo su coraje, todo su entusiasmo, dándole al partido un carácter más emotivo que técnico, realizándose en ambos equipos afortunadas intervenciones individuales, descuidando, sin embargo, el juego de conjunto.

Los valencianos nos han sorprendido agradablemente; sus progresos han sido magníficos desde la última vez que jugaron en Chamartín el pasado año, en ocasión del campeonato de España; más tratándose de un equipo de Facultad, que no representa el verdadero nivel del rugby valenciano. Realizaron el domingo algunos avances de verdadera calidad, dominaron repetidas veces en el juego abierto y en sus intervenciones individuales vimos jugadas que acreditan alta escuela.

Merecen especial mención los dos veteranos del equipo, Usano y Espinosa, alma del rugby en Valencia, que, junto a sus cargos federativos, llevan y llevarán muy dignamente aún por muchos años sus camisetas de jugadores en activo. Peris y Bonet, magníficos de juego, crearon en sus puestos de tres cuartos centros numerosas situaciones peligrosas para los madrileños y realizaron brillantísimas jugadas. Muy bien Georgacópulos en su puesto de taloner: sacó numerosos balones de la «melée» y estuvo oportuno y valiente en el juego abierto. Los demás delanteros, rápidos sobre el balón, acosadores y valientes en sus placajes. Necesitan, de todas maneras, aprender mucho, darse bien cuenta de lo difícil que es el juego de los ocho delanteros como un «solo hombre», la colocación perfecta en cada jugada, la medida del esfuerzo. Es donde más se notó la alineación de jugadores poco hechos.

Los madrileños no realizaron, ni con mucho, una exhibición como la de la final del campeonato de Castilla; su juego fué deslavazado; sus ataques, lentos e inseguros. Su mayor defecto estuvo en la torpeza de manos, que a estas alturas es imperdonable. Tal vez salieron demasiado confiados, y se encontraron con un equipo enfrente que les opuso una decidida defensa, con la que no habían contado. Lograron vencer; pero no por un juego de clase, ni siquiera por un ligero dominio, sino por aisladas intervenciones de Sabrás, que con este partido sigue acreditando su

Al fin llegó para el Betis el ansiado día que pudo respirar libre y a sus anchas. Fué el domingo cuando, merced a un entusiasmo digno de la contienda que tenía que dirimir, derrotó de modo concluyente y definitivo al Rácing santanderino en su propia guarida del Sardinero, adjudicándose, con la victoria tan legítimamente conseguida, el título material de campeón de Liga de primera división. Y digo material, porque los blanquiverdes lo eran ya morales desde la penúltima jornada. Hubiese sido una completa injusticia, una verdadera desgracia, que el equipo del Patronato, por las infinitas cosas que no pueden preverse en fútbol, hubiese salido vencido por los montañeses precisamente la tarde que más falta les había hecho ganar, y que la caída sirviera a los cercanos perseguidores para adelantarse en un punto y lograr lo que los andaluces se dejaban en las zarzas del camino.

El Betis sabía que esto, aun poniendo en la pe-

RUGBY

Campeonato de España Universitario. Medicina de Madrid gana a su rival valenciano por 9 a 3

CIUDAD se complace en presentar a sus lectores deportivos a un nuevo colaborador de grandes méritos en la especialidad que tratará en nuestras páginas. Se trata de Carlos San Miguel, el excelente «tres cuartos» del Madrid, y que últimamente capitaneara en el campeonato universitario al equipo de Arquitectura, que compitió la final contra Medicina. San Miguel es, sin duda, el más científico jugador que hay en Madrid; sus jugadas están siempre llenas de emoción, ya que al desplazamiento inteligente de ellas une la rapidez y fuerza de sus corridas, que lo han consagrado como uno de los más populares «players» de rugby. Varias veces capitán de nuestras selecciones, de brillantísima actuación recientemente en Portugal, sus opiniones sobre rugby son las mejores que CIUDAD puede ofrecer a su público sobre este interesante deporte, a cuyo alrededor comienza a cuajar hoy día un hermoso ambiente universitario. Carlos San Miguel, verdadero ejemplo de deportista, con un alto concepto sobre lo que debe ser el deporte «amateur», es también un valioso elemento en los juegos de nieve. A él se debe igualmente la reseña que ofreceremos en nuestro próximo número sobre la pasada temporada de alpinismo.

gran forma, y por un magnífico golpe franco lanzado por Huder.

Medicina, por su magnífico historial y por os-



tentar el título de campeones de Castilla Universitario, está obligado a quedar campeón de España; pero con un juego excelente, que el domingo no prodigó. No obstante, elogiaremos la labor de su «back» Paredes, que realizó uno de sus mejores partidos; tranquilo, seguro sobre el balón y sobre el hombre, resolvió espléndidamente

numerosas situaciones de peligro. Todos trabajaron y defendieron valientemente; necesitan, sin embargo, hacer más juego, tener más penetración, más dirección, más táctica. Mi consejo a su capitán, Morayta, es que, si no quiere tener un descalabro ante los universitarios catalanes, más hechos que los valencianos a partidos de esta índole, cuide de subsanar en esta semana las anteriores deficiencias.

Ahora pasemos a reseñar rápidamente lo que fué el partido.

Después de los saludos de rigor entre los dos capitanes, Usano y Morayta, que cambian preciosos banderines, saca Mascaró por Medicina de Madrid. Por adelantarse algunos jugadores al balón, pita Larrañaga «melée» en el centro. Esta «melée» parece que dicta la norma del partido durante el primer cuarto de hora, ya que el dominio es alterno y el juego se realiza en el centro del terreno. Saca más balones Valencia; pero los avances de uno y otro lado mueren pronto, por inseguridad de manos. Sabrás recibe un balón lanzado, finta a varios contrarios, que, sorprendidos, no placan, y llega a la línea, marcando, después de magnífica carrera. Huder falla la transformación. Empiezan todos a entrar en juego, y éste adquiere más movilidad y emoción. A la media hora de juego, los valencianos incurren en «off-side» a 35 metros de su línea. Tira a transformar Huder, y lo consigue en magnífica patada. Madrid, 6; Valencia, 0. Los valencianos no se desaniman, y a pesar de retirarse lesionados dos de sus jugadores, dominan intensamente, realizado bonitos avances, sin lograr marcar, por apurar demasiado la jugada. Con ligero dominio de los valencianos termina el primer tiempo. En el segundo empieza presionando Medicina de Madrid; Morayta se cuela algunas veces en su forma característica; pero los valencianos se defienden bien. En un perfecto avance de toda la línea de tres cuartos madrileña, llega el balón a Sabrás, que se sacude un contrario, finta limpiamente a otro y marca nuevamente. Tampoco esta vez es transformado. Siguen los valencianos, con todo coraje, buscando el ensayo de honor, y, al fin, lo consiguen. En una intercepción llega el balón a Espinosa, que valientemente, rodeado de contrarios, se lanza a la línea y marca. Se levanta un poco conmovido, y el público le ovaciona por su decisión. Con un dominio alterno, termina el partido con el resultado de 9 a 3 a favor de Madrid.

Larrañaga hizo un magnífico arbitraje, sereno e imparcial. El público, muy numeroso y correctísimo, animó a unos y a otros, y subrayó con sus aplausos las buenas jugadas de uno y otro equipo, demostrando que ya hay en Madrid numerosos aficionados perfectamente enterados.

CARLOS GARCÍA SAN MIGUEL.

FUTBOL

El Betis derrota rotunda y brillantemente al Rácing de Santander y se clasifica campeón de liga de primera división

lea todo el deseo triunfador, podía suceder, y saltó al campo de los cántabros en plan de arrollar a sus contrarios desde los primeros momentos. Pocas veces, con ser muchas las que los blanquiverdes han demostrado, a lo largo de esta reñidísima competición que ahora termina, su entusiasmo y su afán victorioso, hicieron pelea más enérgica ni más viril. Todos a un mismo afán empujaban el «cuero» con el corazón, en idéntico

anhelo de triunfo. El entusiasmo andaluz desconcertó por completo al Rácing, que se vió acorralado por un conjunto incansable y admirablemente preparado para dirimir la difícil contienda que se le presentaba.

Nadie podía con aquellos once leones—nunca mejor la palabra—, que no pensaban más que adelantarse en el marcador, para evitar después sorpresas desagradables.

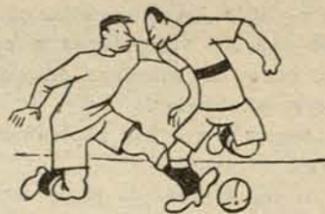
El público, ante tamaña gesta, creyó, sin duda, que el Rácing facilitaba la labor del enemigo no oponiendo a su empuje la suficiente defensa para contenerlo. Nada de eso. Lo que sucedió es que el Betis, que en este encuentro se jugaba todo el campeonato, no estaba dispuesto a que se fuese por carencia de empuje ni de entusiasmo. Triunfó plenamente porque en su afán puso cuanto le era dable poner para conseguir la victoria, que tan brillantemente alcanzó al fin.

(Continúa en la página siguiente.)

Sinceramente le felicitamos.

En el Sardinero se registró una entrada imponente. La mejor de toda la temporada. Bajo el arbitraje de Iturralde, los equipos formaron de la siguiente manera: Betis: Urquiaga; Areso, Aedo; Peral, Gómez, Larrinoa; Saro, Adolfo, Unamuno, Lecue, Caballero, Rácing: Cuevas; Ceballos, Ibarra, Germán, García; Pombo, Fuentes, Alonso, Larrinaga, Cisco.

A los cinco minutos de partida, el Betis ya tenía dos tantos a su favor. Fué Lecue el primer delantero que marcó para los blanquiverdes, de un tiro duro y colocado, que no pudo detener Cuevas.

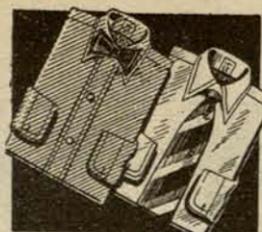


Dos minutos más tarde, Unamuno, después de una jugada brillantísima, consiguió el segundo.

Los montañeses corrían alocados, tratando en vano de impedir la catástrofe que se cernía. Todo inútil. Antes de finalizar la primera parte, otra vez Unamuno, al empalmar un centro de Saro, marcaba el tercer «goal».

Con este resultado tan halagüeño para los hoy campeones de Liga terminó el primer tiempo. En la caseta del Rácing, aunque nada se jugaba en este partido, todo era desolación. En la del Betis, el entusiasmo era indescriptible. Muy mal tenían que darse las cosas para dejar perder un encuentro tan brillantemente finalizado en su mitad.

No crea el lector que con este «score» los blanquiverdes jugaron la segunda parte, como era lógico esperar, a la defensiva. No. Aquellos hombres que habían llegado a Santander dispuestos a cerrar con broche de oro el torneo, jugaron la continuación con los mismos arrestos que anteriormente. Fruto de este entusiasmo sin límites fueron dos tantos más, brillantemente consigui-



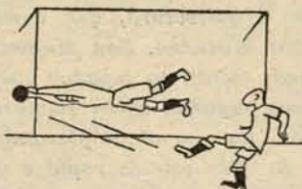
"Samaral"
CAMISERIA Y NOVEDADES
Av. Conde Peñalver. 16
MADRID

dos por Caballero y Unamuno, que en este partido se acreditó de magnífico conductor de su vanguardia y certero rematador.

No hubo más. El público desfiló decepcionado por la derrota, pero rindiéndose a la neta superioridad de unos legítimos campeones.

¿Qué decir del equipo vencedor? Ya está dicho todo. Ni uno solo de sus componentes decayó a lo largo del partido. La ya famosa tripleta defensiva poco tuvo que hacer. Medios y delanteros se bastaron para contener al enemigo.

Y nada por hoy en estas rápidas líneas. Vaya sincera y cordial nuevamente nuestra felicitación más efusiva a los legítimos campeones de Liga de la primera división de 1935.



Manuel C. Riesgo Sobrino sucesor de José Riesgo

Casa fundada en 1874

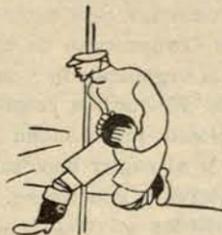
Calle Mayor, 58.-Teléf. 11964

Cosechero exportador de vinos
Bodegas en VALDEPEÑAS

En el resto de la Península, y correspondiente a este torneo, nada que no se esperase.

Venció el Madrid al infeliz equipo de las Arenas. Sin necesidad de hacer ningún mérito para ello. La victoria, después de lo ocurrido en Santander, no le sirvió para nada que no fuera un buen entrenamiento para el próximo campeonato de España.

Los demás resultados fueron: una buena victoria del Athletic vasco sobre sus homónimos ma-



drileños; un triunfo de los españolistas frente al Oviedo; una «débacle» del Donostia en Sevilla, sucumbiendo ante el Sevilla por siete a dos, y un empate en Mestalla entre valencianistas y azulgrana.

Nada en total.

Con el triunfo del Osasuna sobre el Murcia y Hércules frente al Celta, los dos equipos victoriosos se clasifican como sustitutos del Arenas y el Donostia, fallecidos en la primera división.

Para los dos que ascienden, otra cordial felicitación.

Y se acabó la Liga. Ahora empezará el torneo de la Copa nacional. Esperemos acontecimientos.

Y algo más: que la Asamblea va a dar comienzo.

Tango inédito, especialmente dedicado a los lectores de CIVDAD por su autora, la señorita Elisa Bentabol

MENTIAS

Letra y música de ELISA BENTABOL

TANGO

Piano conductor

con 8^{va}

con 8^{va} loco

me-ro tus pa-labras dulcemente junto a in-i-do me ju-raban tu pa-sión cuando a se-ga-

ra-bas me que-rías cie-gamen-te y que mori-rías si te faltara mi a-mor. Cuando me de-

con 8^{va}

cias linda ne-na yo te quie-ro cuando mur-mu-rabas ne-na yo por ti me mu-e-ro

con 8^{va} loco

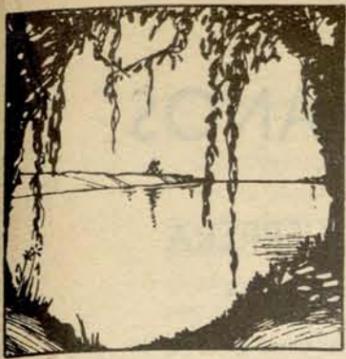
to-doe-ra men-ti-ra ju-ga-bas mien-tiendo con mi po-bre co-ra-zón. Des en-ga-

ña da con mi pena y mi dolor a-ño-ro

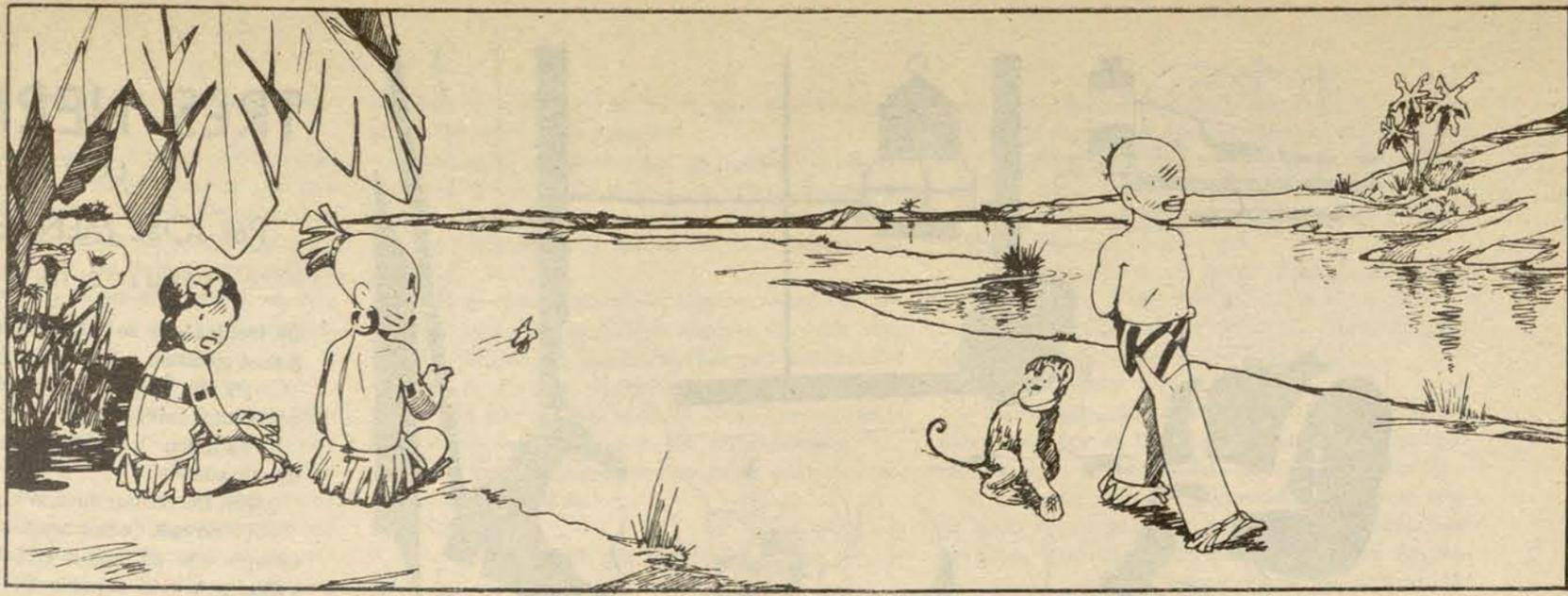
tris-te el re-cuerdo de tu a-mor. Sin es-pe-

ran-zas de que vuelva a que-l-a-yer

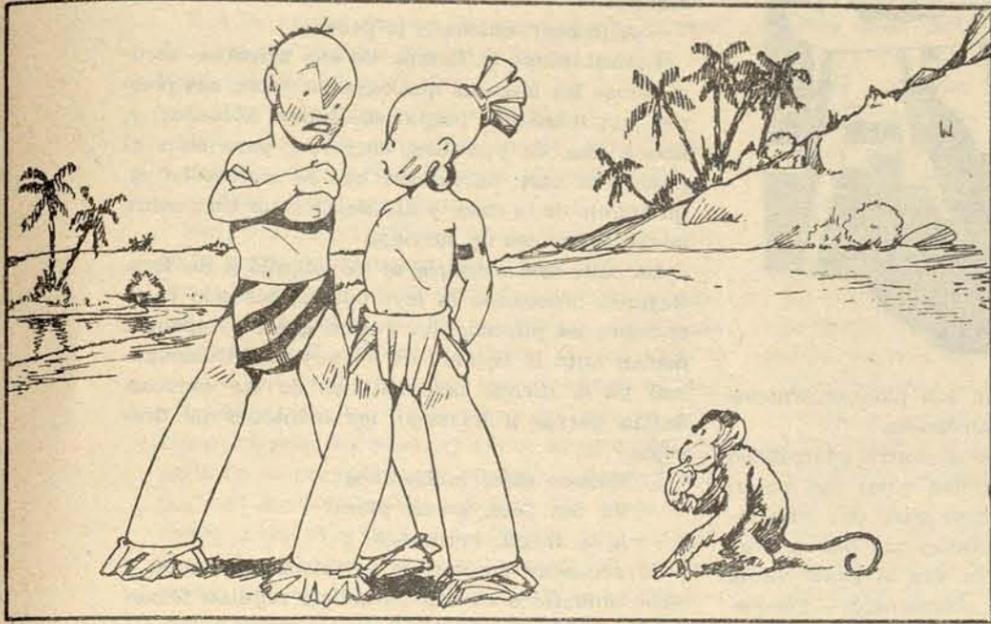
llo-ra-rá mi alma an-gran-do la so-le-dad de tu que-rer.



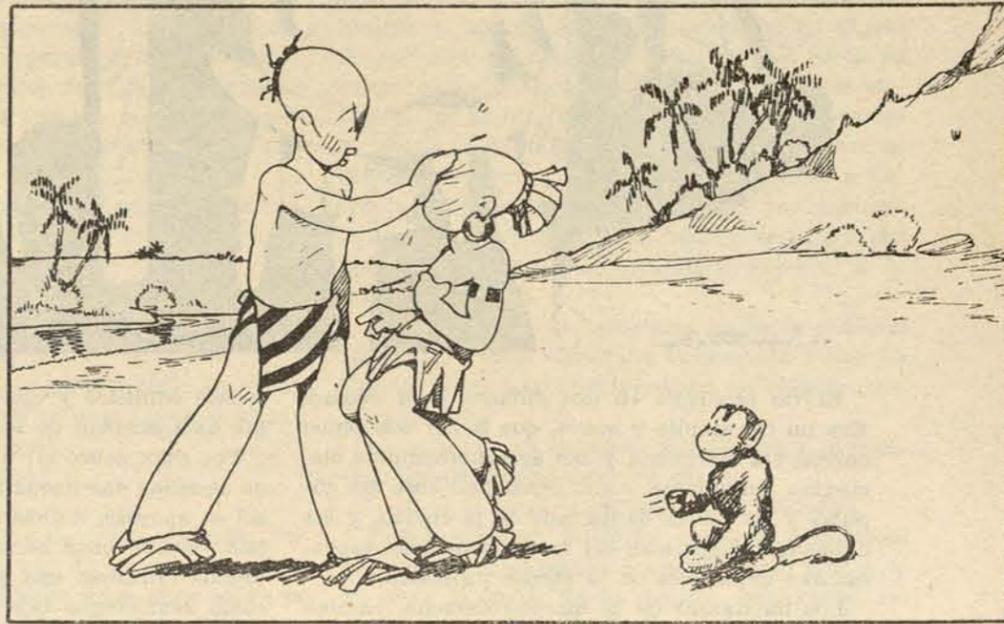
TROPICO
IBO-IBO Y ZUZU
POR
FIDIAS



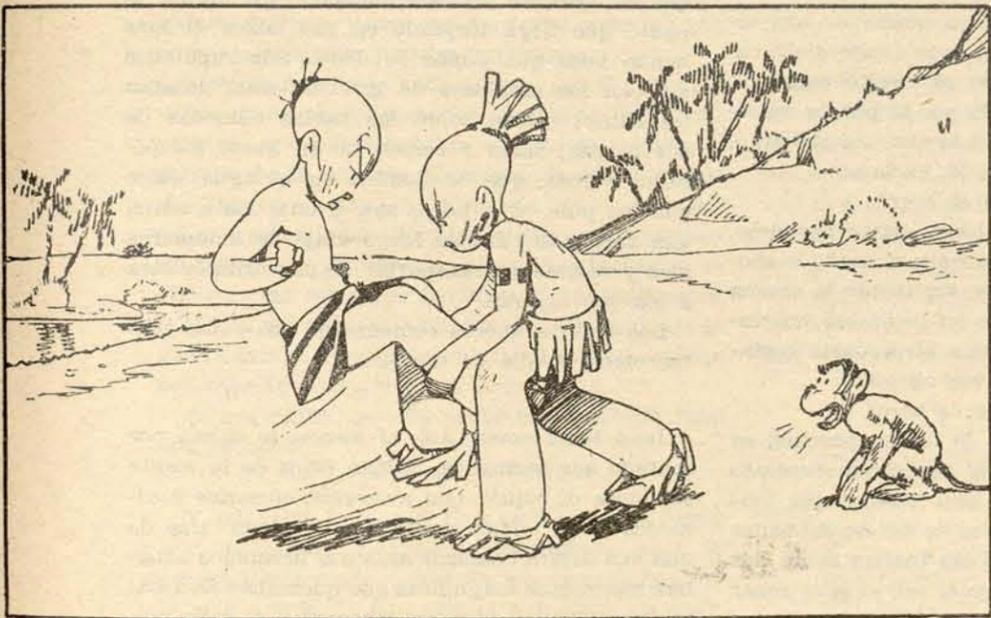
—A mí no es que me guste criticar, como otras que yo sé; pero fijate en él... No se puede negar que se cree más hermoso que una orquídea. A mí siempre que lo veo me molesta...



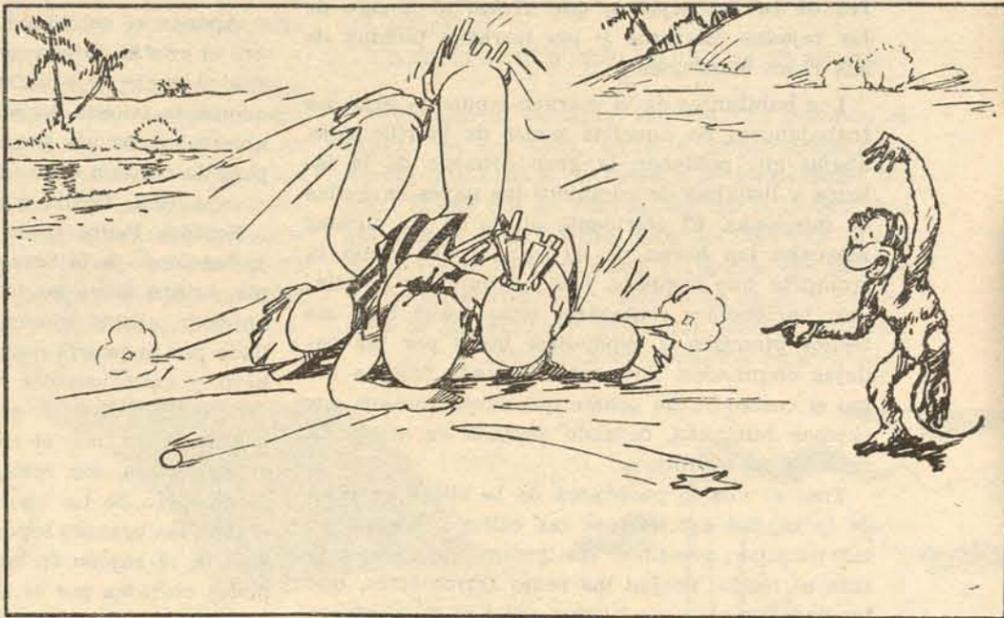
—Con esa muchacha me voy a casar yo dentro de quince años..., y harás el favor de no poner más en ella tus ojos de paquidermo turulato...



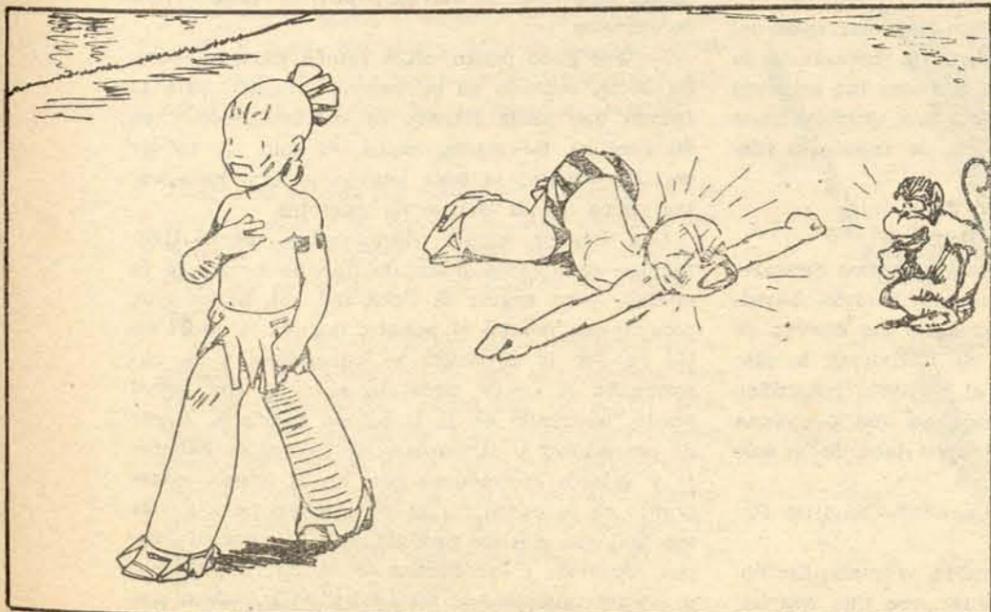
—¡Toma y calla, insecto en miniatura!



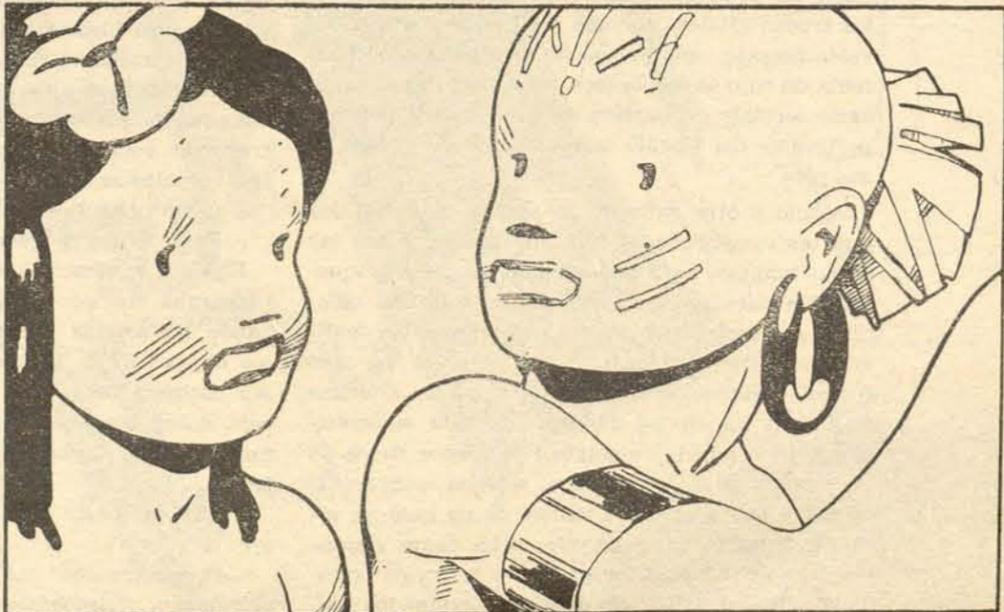
—¡Toma y aprende, piragua sin remos!



—Dice una vieja tradición zulú: «La lucha duró a través de dos días y dos noches rojas de luna. Como dos caimanes enloquecidos totalmente, así fueron al combate, y la lucha no terminó...»



... hasta que el héroe logró rendir al feroz Gabala y le puso polvo en la lengua...»



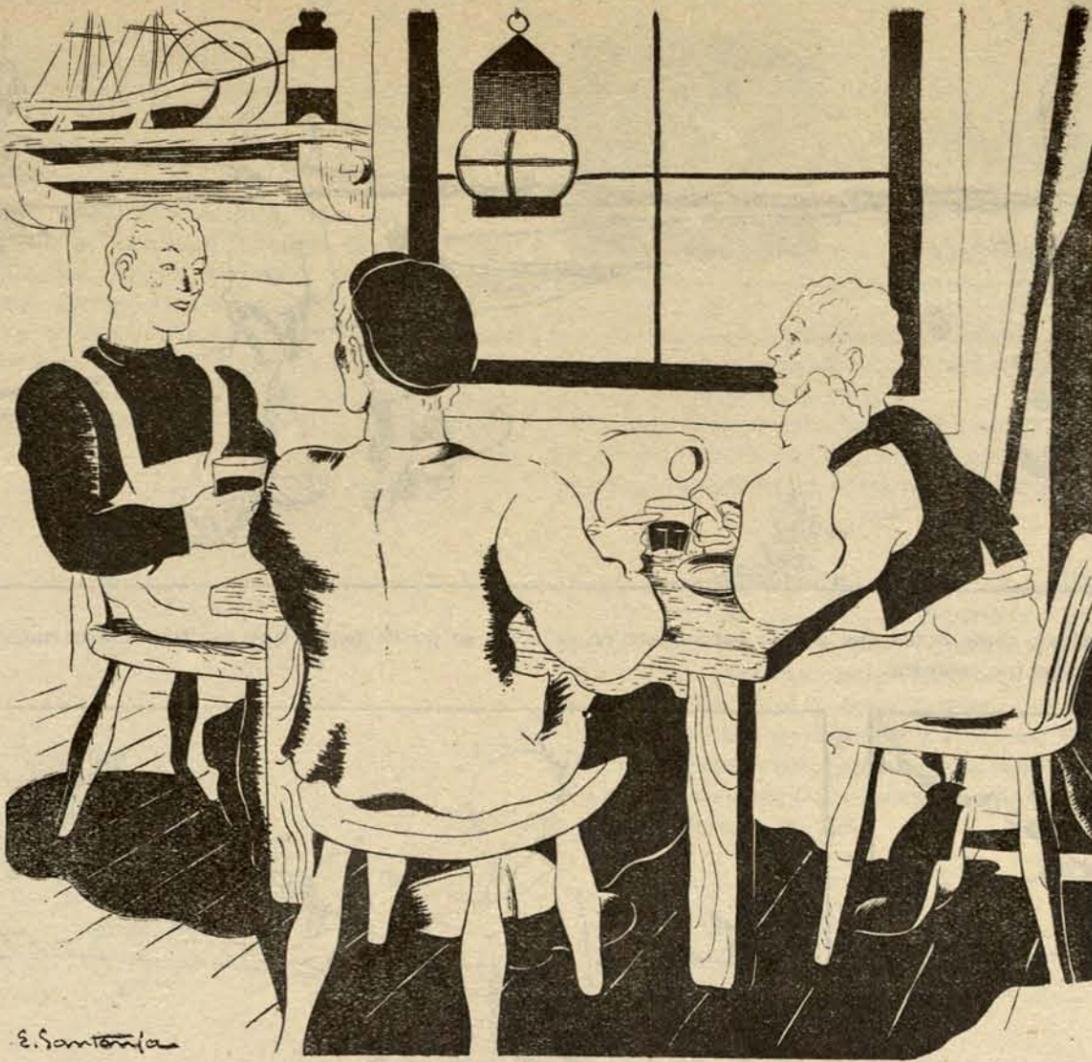
—Ya lo dejé estrábico y temblón..., y si te vuelve a decir algo, me avisas.
—¡Pero si nunca me había hablado! Lo único que me molestaba era su cara..., y ahora se la has estropeado más.

TRES HERMANOS

(CUENTO)

Por JOSE MENDEZ HERRERA

DIBUJOS DE SANTONJA



E. Santonja

lla irónica que se dibujaba en su boca grande, de labios gruesos y carnosos, preguntó a su vez:

—¿Y tú, qué tal dormiste? ¿Soñaste con tu novia hoy también?

—También hoy. Aguantaos vosotros que no tenéis sueños.

¿Que no tenían sueños? ¿Quién sabía de eso?

—¡Pobretón enamorado!—exclamó Pedro, al tiempo que su mano calluda caía, en caricioso golpe, sobre la espalda de su hermano.

—Y enamorado hasta la quilla—corroboró el interpelado.

—Ten cuidado y no encalles, galán—advirtió Emilio.

—A lo peor, chicos, a lo peor...

Levantáronse al tiempo de sus asientos, sacudiéndose las migajas que cayeran sobre sus piernas; un manotazo limpió sus labios húmedos, y, uno a uno, de puntillas, entraron, para salir al punto, en otra habitación que se adentraba en un ángulo de la casa, y allí dejaron un beso sobre la frente rugosa de su vieja.

La calle casi solitaria se los engulló a los tres. Bajaron braceando la leve cuesta, pisando fuerte sobre los puntiagudos guijos, que se empequeñecían ante la tromba de su pujanza. Comenzaban ya a abrirse las ventanas de las casucas. Salían perros a husmear los montones de despojos.

—¡Buenos días, muchachos!

—¡Ve con Dios, buena pieza!

—¡A la faena, hermanos!

Se cruzaban adioses, se agitaban las manos, y ellos, embutidos en sus bufandas, seguían firmemente su camino hasta el embaucadero.

Sobre las aguas se bamboleaban las barcas al leve soplo del viento mañanero, como chiquillos que se agitaran gozosos tendiendo los brazos al padre que llega forjando en sus labios el más hondo beso que jamás se diera. Sus zapatones golpean los escalones de las escaleras; desatan los cabos; saltan sobre las tablas húmedas de sus barcas; salen a relucir de su fondo los pesados remos, que se hunden en el agua dulce que los pule, y, a poco, una a una, lentamente, van zarpando para su largo viaje de innúmeras idas y vueltas, a transportar de una orilla a otra a los que esperan.

Los tres barqueros comenzaron así, como tantos otros, su día de faena.

Juan tenía novia. Así, al menos, lo daban por sentado sus hermanos. Sabían éstos de la mente soñadora de aquél que avizoraba ilusorios horizontes en el lejano confín de su futuro. Más de una vez dejara traslucir ante sus hermanos aquellas esperanzas magníficas que quemaban su frente, lucecillas gráciles que mantenían el fuego sagrado de su ilusión. Soñaba con saltos de águila por las tierras del mundo, en un andar inquieto de «globe-trotter», y en audaces y arriesgadas empresas de Barbarroja o de descubridor de mundos.

—¡Qué poco pesan estos remos para mí!—solía decir, sentado en su barca, sabiendo toda la fuerza que yacía latente en sus músculos y en su cerebro. Se sentía capaz, él solo, de mover con su impulso la más pesada galera, haciendo las veces de un cuerpo de galeotes.

Los días de asueto—descansaban alternativamente—se alejaba Juan de aquella parte de la ciudad, para seguir la línea del río, hasta que, pasado con mucho el puente, llegaba a aquel sitio en que la corriente se agrandaba y se ensanchaba el cauce, próximo al mar. Era aquel punto, apartado de la populosa barriada, lugar de pescadores y atracadero de barcos de cabotaje y veleros cargadores que, en el muelle construido en la escollera, se refugiaban para llenar sus bodegas con los productos de las manufacturas cercanas y los frutos de la tierra pródiga, y, bien acondicionada su estiba, se lanzaban por

El río separaba en dos mitades a la ciudad. Era un río amplio y suave, que lamía con tenue caricia las márgenes, y sus aguas tranquilas discurrían lentamente, como desfilando ante las cúpulas y las torres de un lado de la ciudad, y las chimeneas negruzcas del frente contrario, espectadores impasibles de la eterna procesión.

Los habitantes de la margen derecha, camino hacia el mar, eran los ricos propietarios de las potentes manufacturas que se alzaban al otro lado del río; los plácidos rentistas; los poseedores de tierras lejanas, que vivían al abrigo de los tejados lustrosos y las terrazas pulidas de sus ricas mansiones.

Los habitantes de la margen izquierda eran los trabajadores de aquellas moles de ladrillo rojo, abejas que poblaban la gran colmena de la fábrica y llenaban de zumbidos las naves cargadas de máquinas. El estridente pitido de las sirenas marcaba las horas de su vida y era como la trompeta que regulaba sus movimientos cotidianos, haciéndoles replegarse unas veces bajo los techos plomizos y expandirse otras por las callejas empinadas. Era entonces cada fábrica como el centro de un cohete que desparramaba sus chispas humanas, dejando clavada en tierra la caña de su chimenea.

Tras el visible panorama de la mitad derecha de la ciudad extendíanse las calles urbanizadas, las amplias avenidas, las plazas espaciosas, y más al fondo nacían las redes ferroviarias, que tendían sus hilos de hierro, antenas de contacto con otros mundos.

Tras la ciudad fabril de la villa opuesta quedaban tierras de labor, repletas de sol que calcinaba sus entrañas; los verdes prados y también los tristes eriales, y, como fondo espectacular del vario paisaje, una cadena de montañas que el sol teñía de rojo en los ocasos y la niebla pintaba de azul, servíale de bastión natural, guardador impertérrito del pueblo humilde que se echaba a sus pies.

A uno y otro extremo de ambas ciudades, dos puentes magníficos tendían su rastrillo sobre las aguas mansas, para poner en comunicación aquellas dos mitades de tierra, que eran la una complemento de la otra. Pero, por inexplicable motivo, quizás sólo debido a que aquellos puentes fueran construidos antes de que una de aquellas partes de la ciudad hubiera iniciado su crecimiento, los puentes quedaban colocados fuera de toda estrategia, ya que en el espacio comprendido entre uno y otro era donde, de un lado, se alzaban aquellas fábricas, que eran como elefantes gigantes echados en tierra y con su trompa en alto, y del otro, erguían sus torretas los sun-

tuosos edificios y escribían sus palotes ornados las balastradas de los balconajes.

Por esto, sobre el río, en el centro geométrico de aquellas dos líneas paralelas, sobre las que el sol se apoyaba cotidianamente para dar su atlético volatín, unas barcas manejadas por fuertes brazos cruzaban una y otra vez la suave linfa, como arañas que tejieran eternamente—Penélope redivivas—unas telas invisibles, cuyos hilos el agua se encargaba de deshacer.

Apenas el sol llamó con su pluma de oro sobre el cristal de la ventana, Juan tiróse de la cama al suelo, y acercándose al cuarto contiguo, asomó su cabeza despeinada por la puerta entreabierta, y con voz potente, a la que, sin embargo, puso la sordina de su cuidado, exclamó:

—¡Arriba, Pedro, que ya es hora!

Sentóse Pedro sobre el lecho, desperezándose, y, venciendo de la breve lucha que el sueño le oponía, brincó sobre las losas y, repitiendo la escena anterior, asomó igualmente su pelambre encrespado por la puerta que daba a otro cuarto costanero, y gritó también con voz ahogada:

—¡Arriba, Emilio, que ya es hora!

Sintióse a poco el ruido de los chapuzones en el agua fría, los resoplidos de estremecimiento al contacto de los chorros casi helados que limpiaban las brumas soporíferas de sus no calmados sueños, el rápido frotar de las toallas sobre sus pieles curtidas por el aire y el sol, el leve rozar de sus toscas vestimentas, y después, tras breve lapso, tres muchachotes altos, fornidos y pujantes, se reunían en torno a la mesa, ante el condumio humeante que les hacía sentir el regusto de un calorillo interno.

Eran casi idénticas aquellas tres estampas del tríptico doméstico, que se abrió un instante en la estancia, apenas alumbrada por una luz azul del día, que pugnaba por romper las tinieblas. Los tres eran robustos y animosos, de angulosos rostros y pelos encrespados.

—¡Frio! ¿Eh?—murmuró Juan.

—Frio y fuerte—repuso Pedro.

El tinte azulenco que a través de los cristales penetraba fué poco a poco amarilleando, barnizando las aristas y pronunciando las curvas de los objetos de la estancia. Se abrían en lo alto las esclusas de la luz, y el torrente magnífico caía sobre la ciudad dormida en una pincelada uniforme que el pintor prodigioso daba de un solo trazo.

—¿Te asomaste a ver a madre?—inquirió Pedro.

—Duerme como una bendita—repuso Emilio.

Y luego, dirigiéndose a Juan con una sonrisa

los rumbos marcados hacia otros puntos del planeta.

Allí llegaba Juan, y entre aquella gente ruda y noble, jacarandosa y pródiga, pasaba sus horas de descanso hablando de los viajes de los nautas humildes que llenaban su mente de policromos paisajes ignotos, de mares enfurecidos vencidos por el arrojado de unos hombres y de mil imágenes que se confundían y se entrecruzaban en el calidoscopio de su cerebro joven.

Por aquellos días últimos sus hermanos notaron más acentuada en él esa ansia de acercarse a aquellos lugares costeros, y también cierta preocupación, cierto ensimismamiento, que hacía que, en sus pasos por el río, cargada su barca de fugaces pasajeros, quedasen impensadamente sus brazos quietos, hasta que una voz o un empujón del más cercano le hacía salir de su momentánea abstracción, y volvía el fuerte braceo del remero incansable.

—Este está enamorado—decretaron sus hermanos.

Y a la vuelta de una de sus últimas escapadas, cuando llegaba gozoso a unirse a ellos, fué Emilio quien le preguntó:

—¿Qué tal sigue tu novia, hombre?

Soltó Juan una carcajada sonora, y asintiendo a aquella insinuación, confesó alegremente:

—¡Más bonita que nunca!

Era, pues, cierto: Juan estaba enamorado. Pero la novia de Juan era una extraña novia, ciertamente. Aún no había cruzado una sola palabra con ella. Mirarla, sí. El la había contemplado fijamente, con un brillo de deseo en sus ojos. Y un día que la vió alejarse con su cabellera desplegada al viento, sintió cómo su corazón quería saltársele del pecho y cómo se escapaba un grito de su garganta, que contuvo a duras penas, por temor—por certeza—de que ella no le escuchase. Pero preguntó, y le dijeron que volvería. Y así esperó una y otra vez a verla aparecer de nuevo, con su cabellera desplegada al viento, como se fuera. Y ese día ansiado llegó al fin, y la sintió cerca una vez más, y la acarició con su mirada, llena del temor de la partida.

Su novia, mejor dicho, su amada, se llamaba «María Isabel», y era el velero más gallardo que se había acercado junto a la restinga.

Tuvo la suerte de verla llegar, grácil y majestuosa a un tiempo, contoneándose sobre las aguas plácidas, y como si quisiera regalar su mirada, la mirada de su amante silencioso, se desnudó ante él: mayor, mesana y trinquete recogieron sus velas impregnadas de yodo y de sal; rizáronse en nudos sus jarcias en los gratiles, cantaron su chirrido las roldanas, tendiéronse los calabrotes, y allí quedó ante su vista, pura y limpia desde la roda hasta el codaste, para que él la contemplase con ojos amorosos y pujos de posesión.

Sí, era cierto. Aquella noche había soñado Juan con su novia.

Y así, como antaño el Dux de Venecia, a bordo del bucentauro ricamente engalanado para la emotiva ceremonia, celebraba sus desposorios con el mar, arrojando su anillo al Adriático, en prueba de sus esponsales con él, también Juan, pocos días después de la arribada, tras de haber huído para siempre de su casa, celebró sus nupcias con su «María Isabel», que se hacía a la mar, arrojando por la borda el eslabón de su cadena, soltando el lastre del hondo dolor de los que quedaban, para marchar rumbo a lo desconocido, avizorando el horizonte lejano desde el bauprés.

—No te apures tú, madre—le dijeron a la vieja para calmar su tristeza—. Aquí estamos nosotros, y todo seguirá adelante. ¡Quién sabe si no será eso su bien! ¿Y qué habrás de querer tú sino eso?

Abrazó la madre a sus hijos, poniendo en su abrazo toda la ternura de que son capaces unos cariños maternos. ¿Conocéis de algún aura más pura y más suave que la que levantan los brazos de una madre al abrazar? ¿Sabéis de algún sol que dé más calor que el cálido abrazo de una madre? ¿Dónde se cuece ese pan tan tierno y tan jugoso que iguale en ternura y en sabor al abrazo materno?

¡A trabajar, pues, con el mismo ahinco de

siempre, y a llenar ese vacío que dejaba en el pecho de la vieja el ausente!

Y las leves barquichuelas siguieron su eterno andar y desandar de un lado a otro, persiguiéndose y alcanzándose en juego pueril, mientras el tiempo marcaba sus horas en los relojes del mundo.

Pero los hermanos no olvidaron, como no olvidaban tampoco los labios rugosos de decir una ingenua plegaria todas las noches en memoria del ausente. Y a veces, en ligeros momentos de quietud, sobre sus barcas, la imagen del «enamorado» huidizo venía a inquietar sus pensamientos.

—¿No saben nada en el muelle de cuándo vuelve el «María Isabel»?

—Nada saben.

—A lo mejor, un día le vemos volver de capitán.

—¡Ojalá Dios!

Y aunque sus labios callaran, la rueda incansable de sus pensamientos seguía devanando la madeja interminable del recuerdo. ¿Qué no desearían ellos para su hermano? Su buen deseo les hacía forjarse unas esperanzas de éxito insospechado, como en aquellos fabulosos relatos de aventuras audaces que leyeron en su infancia. ¡Ah, si triunfase! ¡Quién sabe, quién sabe lo que podría acontecer!

Meses hacía ya que había partido, y ni una noticia vino a calmar la angustia de su justa inquietud.

La vida de los que quedaron seguía su curso monótono, como el batir de los remos de sus barcas sobre el agua del río.

Tras las idas de uno u otro al muelle en busca de noticias, la inquisitiva palabra volvía a trazar su garabato interrogativo:

—¿Qué? ¿Supiste algo?

—¡Nada!

Siempre nada; siempre la terca negación cerrando todos los horizontes de esperanza.

Pero un día, un repiqueteo impaciente sobre la puerta cerrada de la casa puso en tensión sus fibras nerviosas, tensas como cuerdas de arpa. En el marco de la puerta apareció el hijo.

—¡Sólo por la alegría que me traes al verte otra vez, te perdono la tristeza que me dejaste al marchar!—exclamó su madre.

Charlaron, charlaron mucho en poco tiempo. El, con palabras atropelladas, contóles gozoso sus andanzas. En la bolsa traía regalos exóticos para los suyos, recogidos en luengas tierras, que apenas si habían existido antes para su conocimiento. Su vuelta era solamente un reposo de ave volandera, que pronto había de seguir su rumbo. Al día siguiente volvería a zarpar. Venían en viaje de descarga, y sólo lo que ésta durase, horas apenas, duraría su estancia entre ellos.

Dábanle manotazos en la espalda sus hermanos, como para convencerse con material y ruda certeza de su presencia. Abrumábanle a preguntas, que él procuraba contestar plenamente, calmado sus deseos de saber qué es lo que existía fuera de su pedazo de tierra.

—¿Os acordáis de mi novia?—chanceó Juan—. Pues cada vez estoy más enamorado de ella. Es la reina del mar. Mañana os la enseñaré, para que veáis qué fuerte y qué hermosa es.

—¡Buen chasco nos diste!

—Pero todo os lo debo a vosotros. Si no hubiera sido por la tranquilidad de saber que quedabais aquí, yo no hubiera podido irme nunca.

Y conforme quedara prometido, llegada la triste hora de la partida, después de haberse desprendido lentamente de unos brazos que apesaban como garfios, aunque fuese su anhelo dar toda la libertad soñada, Emilio y Pedro acompañaronle hasta el muelle, y allí les enseñó a su amada, que esperaba, paciente y erguida, el momento de desplegar, como antaño, su blanca cabellera al viento. Mostróles orgulloso al objeto de sus cariños, hizoles recorrer varias veces su eslora, explicándoles toda la cabullería de la embarcación; bajóles a la bodega para ponderarles el tesoro de su carga, y, una vez que la nave se dispuso, vergas en alto, a zarpar, saltaron a tierra, y desde allí, sacudido el pecho por contenidos sollozos, prodigaron sus adioses hasta que sus manos, como gaviotas rendidas, cayeron a lo largo del cuerpo.

Aquella noche, al despedirse hasta la mañana siguiente, Pedro marchaba lentamente hacia su cuarto, bajos sus ojos, perdidos en lejanas contemplaciones.

La mano de su hermano se posó sobre su hombro, haciéndole levantar la cabeza.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué piensas?

Pedro, confuso, aturdido, como si presintiese que su hermano estaba lanzando en lo hondo de su alma la sonda de su mirada, penetrante, repuso:

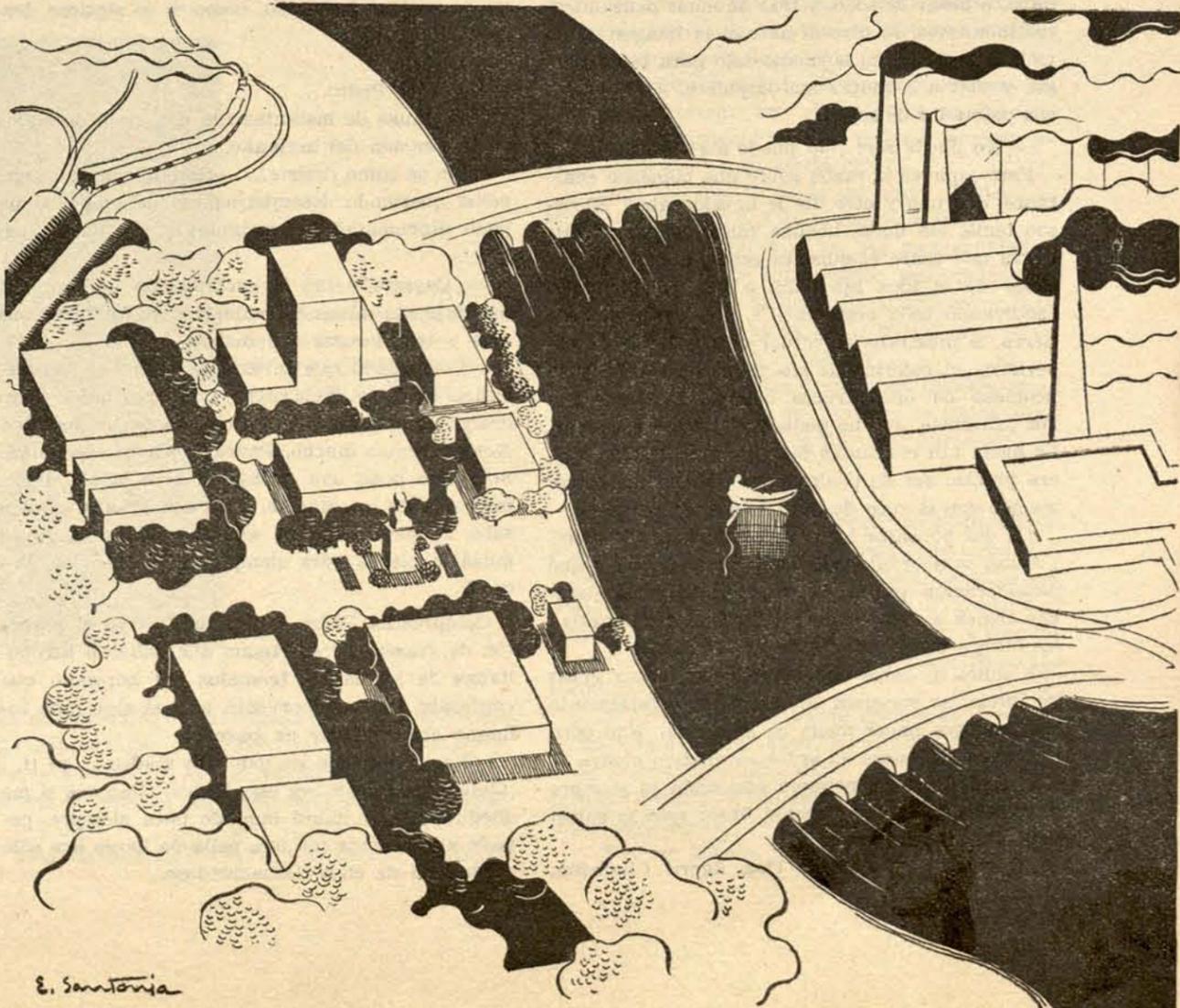
—Nada. ¿Qué me va a pasar? ¿Qué quieres que piense?

—Lo que yo, tonto, lo que yo. ¿Que quién fuera él! ¿Verdad?

Un mudo asentimiento los unió en un abrazo.

Igual que la corriente del río, fué pasando el caudal de los días, lenta e impensadamente. Aguas que iban a juntarse a la inmensidad del mar. Horas que se confundían en la inmensidad del tiempo. Las barcas, calafateadas mil veces, como viejas recompuestas y repletas de parches y afeites, continuaban mirándose en el móvil espejo de las aguas y golpeando, una y otra vez,

(Continúa en la página siguiente.)





con isocronía de mazos de batán, ya en ésta, ya en aquella orilla.

Seguían los barqueros sus movimientos de rito adoratorio, apresando los remos, y su vida discurría plácida y monótona en una igualdad eterna.

Sin embargo, los sueños de Pedro veíanse a veces enturbiados por unos indicios de rebeldía que le inquietaban tercamente. ¿Por qué vivir apegado a aquel reducido horizonte, si los había magníficos con sólo avanzar el pie por el mundo? ¿Era quizá cobardía lo que detenía sus impulsos? ¿No se sentía él con iguales fuerzas que otros para triunfar y alejar de su lado, de un papirotazo, el fantasma de su penuria? Reaccionaba, a pesar de todo, y tras aquellos pensamientos incitantes, se ofrecía ante él la imagen de su vieja llorosa, de su hermano solo para tanta carga, y volvía a matar sus impulsos, a ahogarlos con paletadas de razón.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—se decía.

Pero ¿qué es la razón sobre una comezón constante, que uno y otro día le agujoneaba? El deseo tenía, sin duda, hondas raíces, y por mucha tierra que sobre él quisiera echar, el tallo perforador de la idea fija salía a luz, rompiendo o esquivando todo obstáculo. Y una vez a flor de tierra, le mostraba el verdor de sus hojas de esperanza, el colorido de sus flores de ilusión y la promesa de unos frutos opimos. Hablaba con voz tan dulce, que no podía resistirse a escuchar. Le hacía tan incitantes proposiciones al oído, que era preciso ser de piedra para no sentirse estremecido con el roce de unos labios bisbiseantes.

¿Y qué pensaron los demás cuando lo hicieron? ¿Acaso se acordaron de los que quedaban? ¿Qué consideración puede ligarte, pues? ¿Qué derecho tienen los otros sobre ti? ¿Qué prerrogativa les otorga esa libertad que tú te niegas?

Y miles de estos argumentos que, como gotas de lluvia, se sucedían con terquedad, fatalmente tuvieron que hacer mella en su ánimo. Fué poco a poco entibiándose su ardor combativo contra la idea tentadora. La primera concesión es siempre el camino de la claudicación final: esto lo saben muy bien los amantes.

¿Decidido? ¡Decidido! Una ligera condición,

sin embargo. Antes hablaría con su hermano. Se lo confesaría todo. Le pediría su ayuda, que estaba seguro de lograr. Aquella misma noche le hablaría.

Y, en efecto, aquella noche, cuando después de la cena marchara su madre en busca del sueño reparador del trajín cotidiano, Pedro, que quedara solo en la estancia con su hermano, recogía en el fondo de su alma todas las fuerzas que encontraba y rebuscaba en su cerebro las palabras con que empezar su confesión y su ruego. Mas antes de que saliese la primera palabra de sus labios, se sintió interpelado por Emilio.

—Escucha, Pedro: yo quisiera decirte algo.

Se le paralizó un instante el batir intenso de su corazón, y temeroso, como si se sintiese descubierta, alentó:

—Dímelo.

—Verás, Pedro...

Una pausa de instantes fué una sima de siglos en la oración del hermano.

—No sé cómo decirte... —Rápido, sin embargo, como queriendo desembarazarse de golpe de un paso atormentador, prosiguió:— Me quiero casar...

—¿Casarte?—fué la exclamación de asombro que dejó sus labios entreabiertos, agrandados sus ojos y temblorosas sus manos.

—Comprendo que te extrañe; pero es verdad, Pedro. Nada te había dicho, no sé por qué... Pero estoy enamorado de Fernanda, la de los Rosales. Nos queremos mucho, Pedro. Y ahora ella se va. Su padre pone una granja al otro lado del río, más allá de la estación. Necesita brazos. ¿Quién sabe lo que allí podré ser! Si no nos casamos, quizá la pierda para siempre. ¿Comprendes, Pedro?

Comprendía Pedro, comprendía. Oyó el borbotón de frases entrecortadas que salieron atropelladas de los labios trémulos del hermano que confesaba todo un porvenir, que es algo más solemne que confesar un pasado.

—Ya he pensado en todo. En madre..., en ti... ¡Quiero tu consejo por eso, Pedro! Creo que si me quedo aquí me habré hundido para siempre, pegado a los remos con una pella de barro que sólo se quitará de ellos deshaciéndose.

¡Cuán cierto era eso! ¡Qué perfectamente se dibujaba en su mente aquel porvenir pintado por su hermano, y del que él también había querido huir! Pero ¿y él? ¿Y sus sueños? ¿Y sus rebeliones? ¿Y sus valentías?

—¡Cásate, Emilio, y sé feliz! Para cuidar de madre aquí estoy yo.

—¿De veras? ¿No te importa quedarte solo? ¡Qué bueno eres! ¡Déjame que te abrace!

Se abrazaron fuerte, estrechamente, en un abrazo que duró... ¿cuánto tiempo? ¿Un minuto? ¿Un siglo? ¿Una vida? Una vida que nacía, que resucitaba de su lánguido sopor, y otra que se abatía en tierra como un pájaro herido.

Se abrazaron hasta que el fuego de unas lágrimas entremezcladas, confundidas en uno y otro rostro, barrió como riada purificadora unos tristes pensamientos que habían nacido en el alma de Pedro y que volaron para dejar sitio a una sensación íntima de satisfacción plena que oxigenaba sus entrañas.

En el río siguieron tres barcas sus repetidos viajes. Una, conducida desde hacía tiempo por Pedro. Las otras, por dos nuevos barqueros que, a sus órdenes, sustituían a los que dejaron de serlo. Como gotas de una clepsidra, así sus cortos pasaje, repetidos uno y otro día, fueron contando años en los anales del tiempo.

La vieja era ya una estampa rugosa, que vivía más que nada del recuerdo de los hijos ausentes. Las cartas que llegaban de lejanos confines y las visitas, no muy prodigadas, del hijo más cercano hacían revivir el brillo de sus ojos mortecinos y daban como un hálito de vida a su cuerpo torpe y cansado.

Esperaba Emilio la barca de Pedro para que le pasase a la otra orilla. Se abrazaron con efusión. Y ya sobre tierra firme, explayó la misión que le traía.

La granja prosperaba. Crecía el negocio, aumentaba su bienestar y, para que su dicha fuese completa, también se multiplicaba él en los tiernos «polluelos», reyes del hogar: sus hijos. Ya tenía tres chiquillos retozones y traviosos, que hostigaban a las avecillas y llenaban la casa de gritos, risas y lloros. ¡Ingrato había de ser si en medio de su felicidad no se acordase de los suyos! Y a eso venía: a aliviarle de su pesada carga. Si a él le parecía bien, se llevaría a su madre. Con ellos estaría mejor atendida, se distraería con sus netezuelos, y así quedaba su hermano libre del peso de la obligación.

Calló de nuevo Pedro, como siempre, ante aquella súbita proposición, que era un nuevo desgarró en sus carnes doloridas. Pero, al fin, repuso:

—Se lo diremos a madre. Y si ella quiere...

¿Como no había de querer! Retozaba de júbilo ante la idea de verse rodeada de los pequeños, sangre de su hijo, estampas vivas de su hijo. Le alumbraron sus ojillos unas lucecicas de ilusión y, temerosa de poder hallar algo que no fuera la alegría que ella sentía, preguntó:

—¿A ti qué te parece, Pedro?

—Que si te vas contenta, madre, ¿qué más voy a querer?

Y se fué.

Se fué, como se fuera Juan tras el ensueño dorado de su «María Isabel». Se fué, como se fuera Emilio tras la ilusión áurea de su Fernanda la de los Rosales.

Pero de sus propias ensoñaciones, ¿qué quedaba? Unos cabellos blancos apuntando en sus aladares. Un rescoldo de apagados fuegos. Un residuo de ilusiones marchitas.

—¡Si no hubiese sido por vosotros!...—dijo Juan en su primer retorno, tras la huida.

—¡Qué bueno eres!—exclamó también un día Emilio, mientras le abrazaba.

—¡Dios te bendiga, hijo!—murmuró su madre al despedirse.

Se quedó solo, al fin. A seguir desgranando el rosario de horas de su vida; su vida, que fué como una barca que utilizaron todos para llegar a su destino, y que quedaba después quieta en las aguas, para volver a marchar de una a otra orilla, hasta que algún día, cual si la corriente se la llevase entre la furia, emprendiese su viaje supremo.

¿Era bueno, sí! ¡Pero qué caro cuesta serlo!

Luis Alvarez, por los Estudios del mundo

Por FERNANDO G. TOLEDO

¡NEGROSO!

Hace solamente unos meses que Luis Alvarez ha ingresado en las filas del personal técnico de una de las compañías cinematográficas más importantes del mundo. En ella se hacen, al mismo tiempo, películas habladas en siete idiomas diferentes, y ésa es una de las causas por las que se exige un cumplimiento exactísimo de las órdenes que se reciben. Y es natural...

Los decorados han de ser utilizados por dos diferentes compañías en el mismo día de trabajo, y es por ello por lo que deben ser terminadas las escenas que dictan los magnates desde las oficinas. Deben ser terminadas, pase lo que pase.

La compañía española tiene su turno de trabajo durante la noche, y Alvarez acaba de llegar al estudio a las cuatro de la tarde, a fin de preparar el trabajo de los suyos para las nueve de la noche. Cuando se dirige a la sala de proyección para presenciar las escenas que se hicieron el día anterior, le detiene el inspector de trabajo—un suizo de genio endemoniado—, que le dice:

—Recuerde usted que la compañía española lleva cuatro minutos de retraso en el decorado del «Jardín».

—Sí, señor. Pero no fué culpa nuestra, sino que fué debido a la avería eléctrica que nos hizo perder una noche entera de trabajo.

—El lunes desmontaremos el decorado. Se lo advierto para que sepa a qué atenerse... Eso es todo.

Luis cierra sus dientes para que no se escapen en voz alta sus pensamientos, y dedica unos recuerdos cariñosos a la ascendencia del suizo.

Durante los meses que lleva trabajando sacaron un promedio de cuatro minutos útiles de film por cada doce horas, aproximadamente, de trabajo en el decorado. En el «Jardín» quedan todavía un gran número de escenas para ser filmadas, y no es posible que se terminen en la noche de hoy, sábado, como ha ordenado el inspector de producción. Sin embargo, han de ser terminadas...

Se acercan las nueve de la noche, hora en que la compañía española se adueña del estudio «B». Luis se acerca al director de la cinta «Luna de Kentucky», versión española, y le dice al oído las órdenes recibidas de la Dirección.

El «metteur en scène» suelta el terno, a pleno pulmón, que Alvarez tuvo que tragarse antes:

—¡Furia de los infiernos! ¿Pero es que se han

que tienen que seguir en la primera escena; indica luego a los fotógrafos y al ingeniero de sonido cada una de las posiciones que ocuparán los artistas, y se dedica luego, mientras aquéllos preparan sus aparatos, a ensayar en un rincón las diferentes actitudes o gestos correspondientes a

Una de las escenas de la película «Jardín», acerca de la cual se ocupa en este reportaje nuestro colaborador.



la escena. El director de diálogo, con el manuscrito en la mano, corrige en aquel pequeño ensayo los errores de los artistas, y después de media hora de haber ocupado el decorado del «Jardín», la compañía española se encuentra preparada para «tomar» la primera escena de la noche.

Suenan las órdenes del ayudante director, claras, breves, rotundas:

—¡Preparados! Cerrad las puertas. ¡Luces rojas! ¡Silencio!

El fotógrafo primero ordena a su vez:

—¡Luces!

Y por fin el director:

—¡Cámaras!

Todos los empleados técnicos se hallan con los cinco sentidos puestos en el desarrollo de la escena. Son unos cuantos cerebros que, al igual que los motores de la cámara y del sonido, comienzan a funcionar sincrónicos. Puede oírse en la quietud del «set» el vuelo de una mosca; todo parece que

la primera dificultad: una avería en el aparato de sonido. En este crítico momento, llega el inspector de trabajo y ve parado a todo el personal; la reacción es de lo más violenta que se pueda imaginar.

Empieza a echar pestes por la lentitud con que trabaja la compañía española. Cuando vaya al estudio en que se encuentra la compañía sueca, es seguro que dirá lo mismo. Para esta clase de individuos, no existe otra idea que no sea la del rendimiento.

—Trabajen ustedes. ¡Para eso se les paga!

—El fotógrafo ha sufrido un tremendo ataque de dolor de cabeza, debido al exceso de luz.

—No importa. Dadle aspirina por cuenta de la casa. Dos, cinco, diez comprimidos; pero que trabaje. Cada hora de «cameraman» nos cuesta 80 francos. ¡Es preciso que dé un rendimiento!

—Son tres los ayudantes de director que han sufrido «surmenage» últimamente. Perdieron parcialmente la memoria; se volvieron sumamente irritables, y su decaimiento moral les obliga a quedarse en casa... Necesitan más horas de sueño, necesitan reposo...

—Yo también trabajo lo mismo que ellos. Yo duermo una vez por semana. ¡Hay que trabajar! ¡Hay que dar de sí todo lo que se pueda!... ¡Agotados!... ¡Bebed café, fumad mucho, todo lo paga la casa; pero manteneos de pie, por todos los infiernos, porque hay que terminar con el decorado!

Manteneos en pies, puesto que esa energía que perdéis vosotros se transforma en celuloide aprovechable. Cuando mayor sea vuestra pérdida, mayor será también la longitud en metros de películas que nosotros colocaremos en el mercado.

¿Descansar? ¡Nada! ¿Descansan, acaso, las piezas que forman una grúa. ¿Qué somos nosotros más que una grúa que con su esfuerzo levanta una marca de producción?

¿Acaso nuestro esfuerzo no eleva también el precio de las acciones de la citada marca?

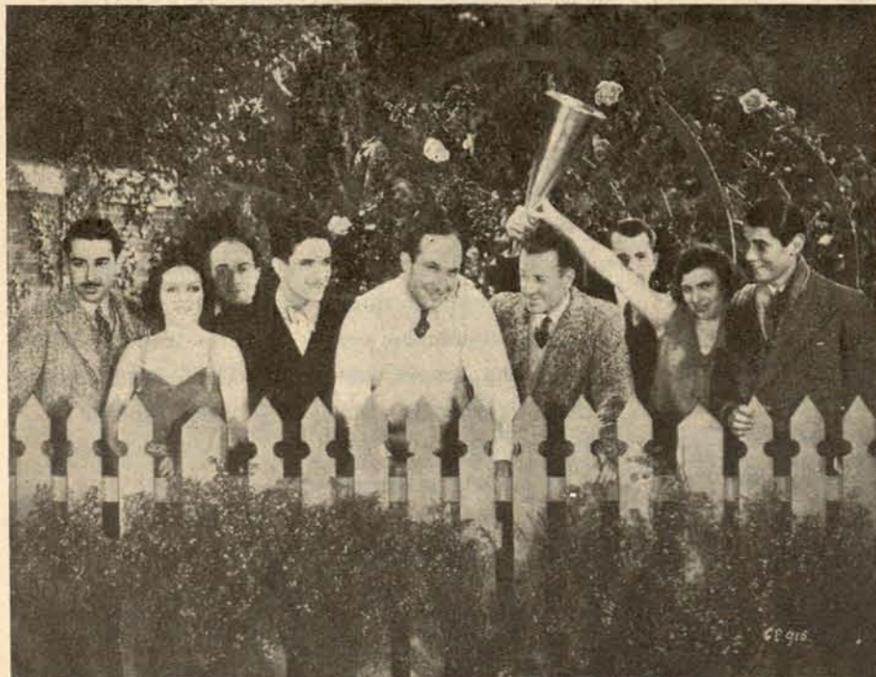
¡Grúas! Grúas de todas las nacionalidades. Hombres-piezas, de complicados mecanismos cinematográficos, yo os digo, yo os ordeno: «¡Rendimiento! Trabajad hasta dar el último adarme de energía que existe en vosotros!»

¿Qué significa el que algunos os quedéis en el camino? Si una pieza se destruye, la única solución es sustituirla. La grúa tiene que seguir su trabajo...

La compañía española continuó su trabajo toda la noche del sábado. Descansó una hora, a las nueve de la mañana del domingo. Reanudó otra vez hasta las horas de la comida y de la cena. Y el lunes, a las siete de la mañana, se retiró a descansar, con el decorado del «Jardín» completamente terminado.

Luis Alvarez, con la barba crecida de dos días, se marcha a dormir hasta las cuatro de la tarde. Cuando empezará otra vez el «shooting». El portero del estudio—a las siete de la mañana—le despide, paradójico:

—¡Buenas noches, señor!



El señor Luis Alvarez, el primero desde la izquierda, con un grupo de actores y un director escénico de los estudios de Joinville.

creído que nosotros somos de acero? ¡Llevo dos noches sin dormir más que tres horas!

A pesar de sus exclamaciones y lamentaciones, empieza a gritar inmediatamente a los fotógrafos para que se den prisa en el arreglo de sus luces. Llama a los artistas, y les enseña el movimiento

ha de deslizarse normalmente y que la escena ha de completarse con éxito bueno; mas como si fuera una bomba que estallara en aquel silencio, suena la voz del ingeniero de sonido, que grita:

—¡Alto!

Son las diez de la noche, y se ha tropezado con



CON EL MEDICO

Proceso biológico del niño al hombre deportista

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Por ley natural, todo ejercicio corporal intervenido directamente por el ánimo mediante distracción o interés moral da un resultado terapéutico incompletamente mayor que el ejercicio físico en bruto.

LETAMENDI.

Los primeros movimientos de un niño no tienen coordinación ni objeto alguno. En el recién nacido son ordenados, por todo lo que se precisa que los sentidos se desarrollen y se pongan en relación con el mundo exterior, a fin de responder a las excitaciones de lo que le rodea con determinadas acciones, que se hallan debidamente subordinadas.

El niño, en sus primeros meses, no emplea en sus movimientos más que los miembros superiores, que choca entre sí y los agita para expresar cualquier sensación.

Es más conveniente fiar en la naturaleza y en el ulterior y lógico desarrollo para que el niño aprenda a andar que empeñarse en adiestrarle cogiéndole por los brazos o llevándole con andadores. La tenacidad del niño es grande, y ya pone él de su parte lo preciso para tenerse en pie, y conforme va avanzando en edad, hace sus tentativas sucesivas para caminar.

En la primera y segunda infancia, todo objeto le sirve al niño de juego y distracción, punto muy de tener en cuenta para cuidar de las cosas que coja y que, por instinto, se lleva a la boca.

Ya más adelante, el pequeño se entretiene con los juguetes, que selecciona—palas, pelotas, cubos, etc.—, debiéndose tener presente que al manejar éstos no los revuelvan en cualquier clase de tierra, que las más de las veces suele estar contaminada de inmundicias y suciedades, causa predisponente de enfermedades contagiosas.

Al niño le gusta y necesita correr y agitarse. Para ello, es lógico que se les deje en libertad para hacerlo, aun cuando ésta se tenga que restringir o, mejor, vigilarla, en el caso de chiqui-

llos nerviosos o fácilmente excitables. A esta clase de niños debe interrumpírseles de vez en cuando sus correrías, obligándoles a guardar un prudente descanso.

Pasados los siete años, es conveniente que el pequeño realice cierta clase de ejercicios gimnásticos, eligiendo, naturalmente, aquellos en que no haya que efectuar movimientos bruscos y posturas violentas. Debe enseñársele a caminar y soportar marchas largas, educándolo paulatinamente, con arreglo a la fatiga que en cada cual se produzca. El alpinismo es excelente para la salud, a condición de ir graduando las ascensiones, según la fuerza y el desarrollo de cada niño.

Como excelentes ejercicios son también, siempre que no se hagan con exceso, el baile, la natación, el patín, el ciclismo, la equitación, etc. No debe olvidarse, cuando el niño pedalee una bicicleta, de que el sillín esté a la altura conveniente, a fin de que la pierna, extendida por completo, descansa suficientemente sobre el punto de apoyo; se cuidará también que el guía no esté más bajo que el sillín, para que no se verifique esa insana posición de *gancho*, adiestrándole en las primeras lecciones para que lleve el cuerpo y la cabeza alta, en evitación de una irregular respiración y de las consiguientes deformidades que se pueden adquirir con este pernicioso hábito.

Llegamos en estas ráfagas del desarrollo infantil a las alturas en que el niño deja de serlo, pa-

tas para ello. Pues, de lo contrario, el deporte, ejercido en defectuosas condiciones físicas, en lugar de reportar las beneficiosas ventajas que se busca, será cadena de efectos patológicos para la economía de quien los pone en práctica.

Ahora más que nunca estamos en un instante de fiebre—pasión colectiva—que hace subir el mercurio del termómetro del partidismo más allá de la normal resistencia hipotérmica.

Nada que acalore más, en los instantes que vivimos, que hablar o escribir de deportes. Hablan todos, discuten todos, y todos se creen en condiciones para practicarlo. Grande equivocación.

Séanos permitido exteriorizar nuestra opinión desde el faro médico en que nos encontramos. Nada de profundas disquisiciones para involucrar el tema. Luz del día: elementales preceptos y breves vulgarizaciones. Poca cosa, en fin. Para los más, el deporte es simplemente un espectáculo, una diversión entre tantas. Para otros, es una de las fases de la educación, desde el punto de vista físico. Para nosotros, es, sencillamente, el modo de gastar una energía sobrante.

Fundado en este último criterio, de modo lógico se deduce que, para que el individuo—el deportista—pueda hacer deporte, ha de sobrarle esa energía que acabamos de citar. Consecuencia indudable y categórica.

Dicho esto, no habrá mucho que pensar para llegar a la conclusión de que no todo el mundo puede ser deportista, como erróneamente cree nuestra moderna juventud, si no es en detrimento de su propio organismo.

Para ser deportista, en el sentido más amplio del concepto, es preciso conocer de una manera exacta la capacidad respiratoria, la circulatoria, el estado de las secreciones y el de la nutrición.

No hay que olvidar que todo aquel que al deporte se dedique debe tener muy presente, ¡no olvidarlo nunca!, que se anda con los músculos, se galopa con el corazón, se resiste con el estómago y se llega con el cerebro. A esta sabia máxima de Tissié quedará reducido el precepto mínimo e indispensable para hacer deporte. Quien no se considere capaz de llenar estos higiénicos requisitos no debe nunca practicar deporte alguno ni pensar jamás en ser «deportista».

¿Hasta cuándo se puede hacer deporte?

Pregunta es ésta de fácil y lógica contestación: hasta que se pueda. Que, como tantas veces se ha dicho, la vejez y la juventud no *están* en los años. El secreto consiste en saber llevar éstos de manera tal, que se pueda «ver» pasar las hojas del almanaque con esa plácida tranquilidad que da una limpia conciencia, con fortaleza espiritual y corporal suficientes para esperar el tránsito de ser a no ser, que constituye el eterno fin de la vida material.

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO -:- PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Tel. 16057

ra convertirse en el muchacho que desea y debe hacer deporte.

Y surge otro de los innumerables problemas que se le plantean al médico en obligación reiterada de resolverlos. Esto es: saber si el organismo que ha de practicarlos está en condiciones ap-

RESTAURANT **AMAYA**

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

CUBIERTO SELECTO:

Ptas. **6**

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

FOTOS GOYA

DE

ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio de Caballero de Gracia a PELIGROS, 14

Frutas argentinas

PERAS DE AGUA, MELOCOTONES Y CIRUELAS — ESPARRAGOS DE ARANJUEZ

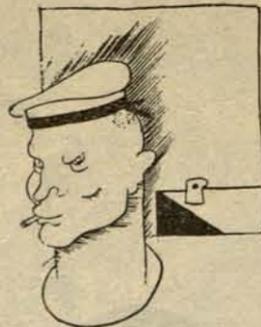
MUÑOZ

Barquillo, 20

Teléfono 10506



A veinte años del hundimiento del crucero alemán "Dresden"



Por el capitán de fragata Lloyd Hirst

De la Marina Real Británica

Episodios de la guerra marítima entre Alemania e Inglaterra

El hundimiento de un formidable crucero alemán

El 14 de marzo marca el vigésimo aniversario del hundimiento, en la isla Juan Fernández, del crucero *Dresden*, único barco alemán que quedó a flote después de intervenir en la batalla de las Malvinas, librada el 8 de diciembre.

Concluida su tarea de echar a pique los grandes cruceros, el almirante Sturdee, ansioso de obtener una victoria completa, pidió por radio a sus cruceros ligeros la situación exacta en que se hallaba el *Dresden* al perderselos de vista y su rumbo en aquel momento. El *Glasgow* contestó que a las 17 el barco enemigo había desaparecido bajo una capa de llovizna y niebla, gobernando al SSO.

Sturdee envió enseguida los dos cruceros de batalla *Invencible* e *Inflexible* a la isla de los Estados y el *Glasgow* a cabo Vírgenes, pero la niebla reinante y la falta de carbón determinaron la vuelta casi inmediata de esos buques a Port Stanley, donde la escuadra victoriosa se reunió el 11 de diciembre. Fué un error el no dejar cuando menos uno de los cruceros en la vecindad de la entrada del estrecho de Magallanes y canales adyacentes, porque en la media noche del 12 de diciembre el cónsul británico en Punta Arenas nos comunicó por radio, vía Cerrito, la llegada del *Dresden* el día antes, es decir, el 11. Cuatro horas después el *Bristol* salía a todo andar, seguido por el *Glasgow* y el *Invencible*, pero llegamos unas catorce horas tarde. En el transcurso de ese viaje el comandante del *Bristol* pidió a su almirante instrucciones para el caso de encontrar al *Dresden* anclado todavía en Punta Arenas, y recibió esta orden lacónica: «Ice la bandera alemana debajo de la nuestra como provocación, y si el *Dresden* mueve sus cañones, tire, excepto en el caso de que el puerto esté en la línea de tiro. El *Dresden* ha sido puesto por los chilenos al margen de la ley. Si no hace nada, siga viaje y cierre su salida al Oeste.» Pero, como va dicho, el pájaro había volado ya, y se dió comienzo a una búsqueda larga y penosa que duró tres meses.

EL PARTIDO A TOMAR

Consideremos ahora la situación del crucero fugitivo. El viaje desde la isla Picton hasta las Malvinas y las peripecias de la batalla, no menos que la fuga, a toda máquina, dejaron casi agotadas sus carboneras. Había captado el telegrama de su almirante a los buques auxiliares de la escuadra alemana ordenándoles refugiarse en el anclaje anterior, es decir, en el canal de Beagle. El *Dresden* trató de entrar en comunicación con ellos, pero no recibió contestación, y de esto dedujo—muy correctamente por cierto—que habían sido capturados o hundidos. La presencia del crucero en el estrecho de Magallanes o en los canales inmediatos sería demasiado riesgosa, pues, se-

guramente, esas vías estarían vigiladas por los cruceros británicos. Puso, pues, proa a las aguas turbulentas del cabo de Hornos, con el propósito de ocultarse en el achipiélago fueguino y establecer contacto con sus agentes en Punta Arenas para conseguir noticias, provisiones y, sobre todo, carbón.

Navegando a toda máquina por un mar embravecido, el *Dresden* dobló el cabo de Hornos el 9 de diciembre, hacia la media noche, y al amanecer del día siguiente entró por el peligroso canal de Cockburn. Tentando con sumo cuidado un camino por aguas desconocidas, llenas de rocas y escollos no marcados en la vieja carta, echó el ancla en la remota y poca frecuentada bahía de Sholl. Solamente tenía a bordo 160 toneladas de carbón, y el comandante envió a tierra a sus tripulantes a fin de que cortasen leña; pero la encontraron mojada y poco apta para las hornallas del crucero.

Mientras la gente estaba ocupada en esa faena, llegó el *destroyer* chileno *Condell*, que conminó al comandante del *Dresden* a respetar la neutralidad de su país y a salir de aguas de Chile dentro de veinticuatro horas. Al día siguiente, 11 de diciembre, el *Dresden* abandonó su fondeadero, y audazmente entró en el puerto de Punta Arenas el 12 a las siete, hallándolo libre de buques enemigos.

PERSPECTIVAS SOMBRIAS

Allí esperó encontrar un carbonero norteamericano, el *Minnesotan*, fletado por su escuadra; pero el capitán de este buque, al conocer la victoria británica, había transferido apresuradamente su carga al vapor *Turpin*, refugiado en el puerto, y échose a la mar. A pesar de las protestas vehementes de los cónsules británico y francés, el *Dresden* empezó a abastecerse del *Turpin*.

Los reglamentos chilenos de neutralidad solamente permitían a un crucero beligerante abastecerse de carbón una vez cada tres meses, y las numerosas infracciones a esta disposición cometidas ya por el *Dresden* en Orange Bay, San Quentin Sound, Isla de Pascua y Más Afuera, eran notorias; pero las protestas de los cónsules fueron desatendidas, y, con la ayuda de los residentes alemanes, la faena continuó febrilmente. El *Dresden* permaneció en Punta Arenas treinta y una horas—otra violación de la neutralidad chilena—, y salió el 13 de diciembre con rumbo al Oeste.

Una vez que se hubo perdido de vista, dobló hacia el Suroeste, por el tortuoso canal Bárbara, y ancló en un recodo de la bahía Hewett, que figuraba como tierra firme en la carta. El comandante puso centinelas en la costa e hizo *camuflar* los costados del barco con ramas de abundante follaje. Allí encontró el *Dresden* al vapor alemán *Amasis*, enviado a ese punto por el almirante von Spee para servir como enlace en el caso de que se resolviera que la escuadra volviese al Pacífico. Desgraciadamente para el *Dresden*, el *Amasis* estaba también casi sin carbón.

La situación del crucero alemán fué así poco envidiable. Con solamente las 800 toneladas de combustible recogidas en Punta Arenas, no pudo siquiera emular al *Emden* en una guerra corsaria contra el comercio aliado. Tuvo que seguir con las calderas listas para el caso de acercarse sus enemigos, y poco a poco fué consumiendo su existencia de carbón.

LEA

en el próximo número el episodio final de este drama de la Gran Guerra

EL HEROICO PAGELS

Desde Punta Arenas el capitán Luedecke había pedido urgentemente a los agregados navales alemanes en Buenos Aires y Nueva York el envío de barcos carboneros, y el 19 de diciembre salió de Montevideo el *Sierra Córdoba* con el fin de abastecerle.

Mientras tanto, un viejo lobo de mar alemán, Albert Pagels, que conocía como nadie los canales fueguinos, recorridos por él en su decrepita lanchita *Elfreda*, hizo viajes continuos, en condiciones de tiempo feroces, entre Punta Arenas y el buque prófugo, informando al comandante Luedecke de la búsqueda intensa en que estaban empeñados los cruceros británicos y de las medidas tomadas para enviarle carbón. El trabajo de Pagels es una bella sucesión de sobrehumanos esfuerzos patrióticos.

El almirante Sturdee había vuelto a Inglaterra con sus dos cruceros de batalla, urgentemente requeridos para el servicio en el Mar del Norte, y dejó los cruceros *Carnarvon* (almirante Stoddart), *Glasgow*, *Bristol* y *Kent*, para continuar la caza. El 26 de diciembre el *Glasgow* y el *Carnarvon* estaban en la entrada de la bahía Hewett; pero un «wulliwaw»—nombre local de los chubascos terribles, con fuerte viento y nieve, propios de esas latitudes—les impidió entrar en la bahía misma, y como la carta hidrográfica no señalaba el rincón que ocultaba al *Dresden*, no creyeron necesario esperar, y dieron por revisado el lugar. Prevenido por las columnas de humo, el capitán Luedecke abandonó precipitadamente su fondeadero esa misma noche, y, pasando por el canal González, encontró otro escondite más seguro, porque tenía dos salidas, cerca de la bahía Navidad, lugar que también figuró en las cartas como tierra firme. Llegó el *Dresden* a ese punto el 27 de diciembre. Una semana después, y pilotado por el valiente Pagels, se presentó allí el tan deseado *Sierra Córdoba*.

Este transatlántico, muy conocido en Buenos Aires antes de la guerra, había burlado el cerco de cruceros británicos hasta el momento de anclar el 22 de diciembre en un rincón del estrecho, al Oeste de Punta Arenas. Media hora después llegó el *Carnarvon*, que mandó a bordo del *Sierra Córdoba* un oficial para revisarlo.

En ese momento llegó el *destroyer* chileno *Condell*, que intimó a los dos comandantes a salir dentro de las veinticuatro horas. El *Carnarvon* se fué y esperó al barco alemán a unas veinte millas al Oeste, pero olvidó que había cerca del *Sierra Córdoba* una vía de escape al Suroeste, por el canal Bárbara. Y el buque alemán la aprovechó, consiguiendo de este modo llegar a la cita convenida con el *Dresden*.





LAS LETRAS Y SU MUNDO

Gide y sus "monederos falsos"

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

Hoy habremos de citar a Paul Morand. Con Paul Morand ha ocurrido en España—no sabemos si en el resto de Europa—lo mismo que con tantos otros escritores. Abusaron de su nombre las generaciones del postultraísmo hasta que se dieron un empacho, y hoy apenas si un escritor, sobre todo de los que, con mayor o menor fundamento, se llaman jóvenes, le cita. Nosotros vamos a recurrir hoy a un testimonio de los "Papiers d'identité", en el que se entrevistó, a favor de muy claros destellos, a Gide, el autor de "Los monederos falsos", que acaba de publicarse en castellano, primorosamente traducido, por cierto.

Para Morand, la razón de ser de Gide es, principalmente, su propia inquietud y sembrar esa inquietud suya a los vientos.

"Toda la obra de Gide—nos dice el autor del "Espejo de tres caras"—, tendida como una pa-



sarela, nos explica la necesidad de ponerse en camino y el placer de haberse puesto."

Sin embargo, no habremos de juzgar a Gide como un simple devorador de distancias, ni siquiera de paisajes, ni de personajes, ni de sensaciones. Algo más, mucho, se precisa en él y en esa misma inquietud aludida. Esta precisa otras cualidades, que son las que definen el espíritu y también el estilo de la obra gideana, que Morand no deja de apuntarnos sutilmente: "Afinada curiosidad..., espíritu disciplinado en la más extrema precisión..., la certeza—certidumbre más bien—de ser el primer escritor de su tiempo y de comprobar intacto su pensamiento a través del cristal de un estilo incorruptible..." No literal, sino liberalmente reducidas, son éstas las palabras de Paul Morand. El "escandaloso "Corydon" se ahogó aquí—no se alude a la venta en librería—en un mar de indiferencia. Pero en España la indiferencia es una característica, y es por ello, tal vez, que da nuestro país unos escritores probados a luchar de manera inconcebible con el medio por la consecución del fin: su literatura. "Corydon", no obstante, pudo ser aquí mejor que en parte alguna libro de escándalo, de acuerdo con la sensibilidad del lector medio, si—¡y conste que no es paradoja!—éste en realidad cumpliera su primera condición de lector. Así que no hubo escándalo ni polémica; si acaso, alguna breve crítica o algún ligero comentario de articulista.

Andando el tiempo, Gide ha despertado—nos referimos a su proyección en nuestra patria—una

mayor atención en el público, debida seguramente, más que a su lectura, a la determinada actitud política que hoy muestra. Por ello, tal vez ahora se lean más "Los monederos falsos" que se leyó "Corydon" en su día.

Nos atreveríamos a afirmar que "Los monederos falsos" constituyen la obra o libro que mejor representa a Gide. Es "lo más fundamental y completo que el escritor ha producido", ha dicho ya alguien. Todas las esencias del completísimo literato están en este paso, que por sí solo bien pudiese haber marcado una consagración, si el autor no hubiese estado consagrado de antemano.

Se entrelazan varias novelas para formar una sola, y así es su espectáculo múltiple y trepidante, pero sin perder el alarde de precisión, lo que en él se nos ofrece.

En cuanto a la certidumbre de Gide de ser él mismo el primer escritor de su tiempo—hay que fijarse en que no decimos el primer novelista—, él diría que nunca la siente tan claramente definida como al escribir estas páginas. Su inquietud por ir cada vez más lejos no se arredra ante ningún género de dificultades, ni de índole doméstica ni vital de sus personajes, ni se detiene ante los obstáculos creados por las situaciones que se presentan en el curso de su novela o novelas. No quiere tener el arte de soslayar, sino de afrontar, vencer y seguir, sin haberse detenido más que un momento tal vez. Prosigue su marcha, y cuando pone el punto final al libro, se encuentra con uno de los más impresionantes—el más, para nosotros—que ha creado en su vida.

De este modo—habremos de repetirlo—, son "Los monederos falsos" lo más completo en la obra de un escritor de primer plano, acaso del primer plano, en las letras de nuestros días.

LOPE Y LOS LOPISTAS

Casi hay más lopistas en el extranjero que en España. Sin embargo, habremos de confesar que parece haberse reaccionado aquí y que nuestros especialistas, así como nuestros editores, inician un esfuerzo laudable para conmemorar el tercer centenario de la muerte de "El Fénix". Así a Wosler, a Cpitzer, Pfandel, etc., podemos hoy añadir con júbilo los nombres españoles de Montesiños, "Azorín", Entrambasaguas, Herrero, Bergamín y algunos otros, que se proponen dar el máximo brillo a la conmemoración.

Algún editor aislado—José Ruiz Castillo—, y los editores y libreros reunidos—la Cámara Oficial del Libro de Madrid—han querido también poner su esfuerzo a contribución. Y a este respecto, señalemos la edición facsímil, publicada por la última entidad citada, de las "Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos", y que la ci-

GRAN RESTAURANT CASA PASCUAL

Platos típicos.
Cocina esmeradísima.
Se sirven banquetes.
Gran salón.
Comedores independientes.
Entrada por el portal.
Servicio a la carta.
Abierto hasta la madrugada.

Luna, 14 - Teléfono 24546

*Sur la très belle revue madrilène "L'Español",
avec mon amitié fervente pour l'Espagne*

Francis de Miomandre

Autógrafo de Francis de Miomandre enviado con la crónica de E. Avilés Ramírez, que publicamos en otro lugar de este número.

tada Cámara ha regalado a los compradores de libros el pasado día 23, que señaló la conmemoración anual de Cervantes.

Esta edición primorosa y la esplendidez del regalo señalan el afán difusor de Lope, que no podemos menos de elogiar en nuestros editores y libreros.

ESCAPARATE

Un nuevo libro de Romanones

Para la «Colección de vidas españolas e hispanoamericanas», que Calpe edita, ha escrito el conde de Romanones algunos volúmenes que le han valido el inmediato éxito. Los personajes elegidos por el biógrafo han sido aquellos que, además de haberle ocupado en un detenido estudio de los documentos que legaron, trató el político frecuentemente en asiduo trato y amistad personal y puede citarse a este respecto su biografía de «Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena».

En la evocación que ahora hace el conde de Romanones de *Amadeo de Saboya, el rey efímero*, se muestra una vez más en la plenitud de sus facultades reconstructivas de «figuras y momentos» de nuestra Historia.

Una vez más habremos de decir que la Historia próxima del siglo XIX español se conoce mal en España y mal se enjuicia, o suele enjuiciarse, de acuerdo con el deficiente conocimiento.

El mérito principal de los libros del conde de Romanones estriba en que a su prosa clara, de narración amenísima, une una documentación fiel con la mayor escrupulosidad interpretada.

LISTIN DE LIBROS

"Crónica escandalosa" (novela) y "Desde el principio hasta el fin" (novela), por Pío Baroja. Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

"Lope en silueta", por "Azorín"; "Cruz y raya". Madrid, 1935.

"Flor de greguerías", por Ramón Gómez de la Serna. Colección Universal.—Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

"Los monederos falsos", por André Gide.—Biblioteca Nueva. Madrid, 1935.

"Amadeo de Saboya", por el conde de Romanones. Colección de vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX.—Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

"Las fábulas del errabundo" (obras completas de Tomás Meabe).—Ediciones Leviatán. Madrid, 1935.

"Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos", de Lope de Vega. Edición facsímil de la Cámara Oficial del Libro de Madrid.

"La Circe, con otras rimas y prosas", de Lope de Vega. Edición facsímil de la Colección Tesoro.—José Ruiz Castillo, editor. Madrid.

"La música actual en Europa y sus problemas", por Adolfo Salazar.—J. Yagüe, editor. Madrid, 1935.

"Espuma" (poesías), por Eduardo L. del Palacio. Madrid, 1935.



Almacenes Eleuterio

vestirán a
Miss Aragón
Miss Baleares
Miss Cataluña
Miss La Mancha
Miss Marruecos
Miss Provincia
Miss Salamanca
Miss Vascongadas

Su cortador diplomado, Eleuterio, hijo, en uno de sus frecuentes viajes a París y Hollywood ha contratado con la Metro-Goldwyn Mayer la exclusiva de los modelos creados por el gran dibujante Adriane, que lucirán

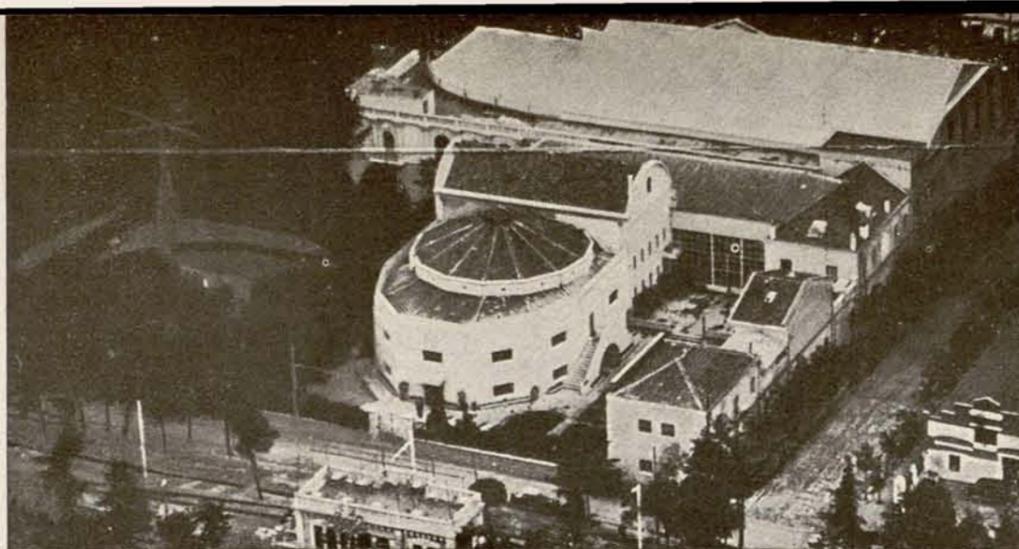
las «estrellas» de esta gran productora • Este modelo que lleva CAROLE LOMBARD será uno de los que lucirán nuestras misses.

Señora: tenemos para usted el modelo ideal; visítenos

Eleuterio

Fuencarral, 14 . - Madrid . - Apartado 12.318

Cada 5 pesetas de compra dan derecho a una punzonada en nuestro aparato de «OBSEQUIOS FANTASIA». Grandes regalos.



Los Estudios de la CEA en Ciudad Lineal

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELICULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido **Tobis-klang film** y cámaras **Super-Parvo** y **Eclair**, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



**Cinematografía Española
 Americana, S. A.**

Oficinas: Barquillo, 10. Tel. 16063
 Estudios: Arturo Soria, 350
 Teléfonos 53287 - 61329 - 61838



Banco de Crédito



Local de España

Esta Institución contrata créditos y préstamos amortizables con las Corporaciones locales—Ayuntamientos y Diputaciones—para la realización de obras y servicios rápidamente reproductivos, estando asegurados los contratos con garantías suficientes y fácilmente realizables.

En representación de sus operaciones, el Banco emite Cédulas de Crédito Local con la garantía de todas las anualidades contratadas con las Corporaciones, e indistintamente de todos los derechos, acciones y bienes, con hipoteca o sin ella, afectos por aquéllas al cumplimiento de sus obligaciones con el Banco; todos los bienes y valores que forman el activo de la Institución garantizan también las Cédulas en curso.

Las Cédulas son cotizadas diariamente como efectos públicos en las Bolsas oficiales; son pignorable en el Banco de España y en el emisor, siendo además utilizables para la formación de reservas de las Compañías de seguros y para la constitución de fianzas y depósitos en Diputaciones y Ayuntamientos.

Las Cédulas de Crédito Local Interprovincial y los Bonos Exposición Internacional, valores emitidos también por este Banco, tienen la especial característica de estar directamente garantizados por el Estado, y de ser admitidas las primeras por su valor nominal en las fianzas que haya que constituir en las Diputaciones provinciales.

SERVICIOS ESPECIALES DEL BANCO NEGOCIACION:

El Banco facilita directamente la adquisición y venta de los títulos por él emitidos, así como por medio de los Bancos, agentes de Bolsa y corredores de Comercio.

Los títulos se remiten a los adquirentes debidamente asegurados.

DEPOSITOS:

Los adquirentes de títulos pueden dejarlos en depósito en las Cajas del Banco, sin satisfacer derechos de custodia.

CUPONES Y AMORTIZACION:

Todos los valores emitidos por el Banco devengan cupones trimestrales, y la amortización de aquéllos se verifica anualmente.

Los cupones de los títulos depositados en el Banco pueden hacerse efectivos desde el día de su vencimiento en las oficinas de aquél, o encargándose el Banco de girar o situar su importe a comodidad de los depositantes.

El Banco revisa cuidadosamente las amortizaciones, avisando a los interesados.

PIGNORACION DE CEDULAS:

Las Cédulas de Crédito Local son admitidas por el Banco Emisor y por el Banco de España en garantía de préstamos y cuentas de crédito.

OPERACIONES Y CONSULTAS:

Para realizar operaciones sobre Cédulas de Crédito Local y demás valores emitidos por el Banco, lo mismo que para resolver consultas relacionadas con aquéllos, dirigirse personalmente o por correspondencia a las Oficinas del Banco.

Dirección
 abreviada **CREDILOCAL**

Oficinas **SALON DEL PRADO, 4**
 TELEFONOS 12848 y 12850

V I S I T A D

L A

**III FERIA DEL LIBRO
DE MADRID**

Patrocinada por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y por las Cámaras oficiales del libro de Madrid y Barcelona

Exposición de encuadernaciones actuales

Del 5 al 20 de mayo de 1935
(Paseo de Recoletos)